

8072

El

Pacto del hambre

**EL PACTO
DEL HAMBRE,**

DRAMA

EN CUATRO ACTOS Y EN PROSA,

ARREGLADO

AL TEATRO ESPAÑOL

POR

Don Isidro Goli y Busca.

Isidoro Goli y Busca



MADRID:

EN LA IMPRENTA DE YENES,

CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 6.

1859.

PERSONAS.



CARLOS DE BEAUMONT, <i>secretario del cabildo.</i>	UN CRIADO <i>de Carlos de Beaumont.</i>
MARCELO.	UN HOMBRE DEL PUEBLO.
SANTIVAL.	PERRUCHOT, <i>personage mudo.</i>
BOIREL.	GOUJET, <i>idem.</i>
MALISSET.	MADAMA FIRMIN.
LEREY DE CHAUMONT.	LUISA.
ROUSSEAU.	AURORA.
ROBERTO, <i>llavero de la Bastilla.</i>	MARIANA.
UN COMISARIO.	UNA CRIADA.



La escena en el primer acto pasa en Rouen ; los restantes en Paris.



Este drama, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero ; quien perseguirá ante la ley al que le reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la real órden inserta en la gaceta de 8 de mayo de 1837, relativa á la propiedad de las obras dramáticas.

ACTO PRIMERO.

Una fonda de Rouen : sala comun á todos los huéspedes.

ESCENA PRIMERA.

CARLOS DE BEAUMONT *con unos papeles en la mano. Mira la hora en su reloj.*

Luisa no viene... ya debia estar aqui; sus miradas me lo hicieron esperar. Plegue á Dios que no tarde! Su presencia sola puede calmar esta agitacion que me atormenta... Aun no son las siete; apenas habrá nadie levantado todavía en la fonda... Terrible dia! Mi suerte va á decidirse por dos veces... Ah! Luisa! no me engañaba, ella es.

ESCENA II.

CARLOS. LUISA, *que sale de su cuarto.*

Carlos. (*Acercándose á ella.*) Luisa!

Luisa. Ah! Cuánto me alegro de veros, señor de Beaumont... Estaba con impaciencia por saber vuestra opinion acerca del pleito que venimos á entablar á Rouen mi madre y yo, y de cuyas resultas depende nuestro bienestar. Habeis tenido la bondad de examinar los papeles que os entregué ayer?

Carlos. Sí, y desgraciadamente para vos no puedo vaticinaros muy buen éxito con ellos.

Luisa. No podeis...

Carlos. (*Con sentimiento muy marcado.*) No, no puedo mas que disuadiros de que entableis un pleito en que solo preveo gastos y sacrificios inútiles. Teneis que chocar con uno de esos hombres poderosos y acaudalados que manejan la Francia entera á su antojo por medio de resortes de oro; con un asen-

tista millonario, que compra lo que está por debajo de él, y pervierte y soborna lo que está por encima. Creéis que os hagan justicia contra el rico Mallisset, siendo las que la pedís, dos pobres mugeres á quienes la astucia de ese potentado ha sabido sustraer las armas mas importantes, para no dejaros sino unos títulos en los cuales la irregularidad de la forma destruye el valor del fondo? Mucho siento daros esta desagradable noticia; pero cuando nuestras esperanzas solo son ilusiones, la humanidad dicta que se las destruya, y la amistad solo debe dedicarse á consolarnos por su pérdida.

Luisa. Pero y vos, señor de Beaumont, no pensais acusar hoy mismo en pleno parlamente á esos hombres poderosos con quienes nos aconsejais que no pleiteemos.

Carlos. Oh! yo, es muy diferente, Luisa... he consagrado mi vida entera al cumplimiento de un deber... tengo la edad y los bienes precisos para perder sin gran perjuicio algunos años y algunos miles de escudos... Un pleito con esos hombres, aun en el caso de que se pierda, es un gran paso en la senda difícil y escabrosa que me he propuesto seguir. Yo solo deseo publicidad, solo busco una ocasion de alzar la voz contra mis adversarios... Pero vos, no debéis intentar con tan escasos medios el menor choque con uno de esos tiranos enriquecidos á costa del sudor del pueblo, y que la Francia entera se ve en la precision de sufrir aun cuando los maldice.

Luisa. Pero no ignorais que estamos arruinadas? Solo ganando ese pleito, lograremos tener nuestra subsistencia asegurada... estamos sin recursos.

Carlos. Sin recursos... sin recursos, Luisa... Ah! esas palabras estan llenas de ingratitud!.. habeis olvidado ya lo que mi voz, mis ojos os han dicho mil veces? No es pronunciar una sentencia fatal para mí el decirme: «estamos arruinadas...» cuando yo soy rico?

Luisa. Señor de Beaumont...

Carlos. Decid...

Luisa. No sé cómo demostraros mi agradecimiento por vuestra generosidad; pero el exceso de esa genero-

sidad os alucina... ese enlace no puede verificarse.

Carlos. Y qué causa se opone á ello?... la diferencia de nuestros bienes ó de nuestro nacimiento por ventura? Seriais tan cruel, que invocáseis contra mí esas miserables ventajas que la naturaleza me ha dado sobre vos? Qué son para nosotros esos despreciables obstáculos, cuando nos une un mismo cariño, y un mismo odio hácia unos mismos enemigos? No es verdad que me amais, Luisa? No es verdad que aceptaréis mi mano y mis riquezas, en trueque de la felicidad de que voy á seros deudor?

Luisa. (*Aparte.*) Oh! cómo dominar mi turbacion! (*Alto.*) Señor de Beaumont, perdonad... mi madre me aguarda y no puedo contestaros. Contad, sin embargo, con que mi estimacion y mi gratitud serán eternas.

Carlos. Vuestra estimacion! Vuestra gratitud! Ah! no es eso lo que os pido... Vos no me debéis nada... nada mas que un amor sincero y profundo: defenderos, protegeros, es defender y proteger mi pasion... Dejádme al menos la esperanza de que este amor será correspondido... Hablad, Luisa, hablad!..

Luisa. Mi madre viene... Retiraos por piedad... En otra ocasion os contestaré... Dejádme ahora participarla que ese pleito...

Carlos. Obedezco, Luisa. La causa que tengo que defender hoy me obliga á hacer varias diligencias: pero no tardaré en volver. Acordaos de que teneis en vuestras manos la suerte de toda mi vida. (*Vase.*)

ESCENA III.

LUISA. MADAMA FIRMIN.

Mad. Firmin. Con quién estabas hablando, Luisa? Te encuentro muy agitada!

Luisa. Con... el señor Carlos Beaumont.

Mad. Firmin. (*Con tono algo marcado.*) Ah!

Luisa. Sí, le he encontrado en esta sala cuando iba á dar vuestras órdenes á los criados de la fonda. El señor de Beaumont me ha entregado estos papeles, y me ha dicho...

Mad. Firmin. Qué te ha dicho?

Luisa. Que no veía ninguna probabilidad de obtener buen resultado del pleito que pensábamos poner al señor de Malisset con títulos tan irregulares como estos.

Mad. Firmin. Eso ha dicho!.. ah! entonces somos perdidas.

Luisa. La misma reflexion le he hecho yo... pero ha añadido que él tenía un medio de evitar nuestra desgracia.

Mad. Firmin. Cuál?

Luisa. Voy á confesaros una cosa, madre mia. Soy culpable con vos por haberos reservado lo que há ya tiempo debíais saber. El señor de Beaumont me ama: me lo ha dicho.

Mad. Firmin. Pero tú no le amas, no es verdad?

Luisa. Lo ignoro, madre mia.

Mad. Firmin. Pobre niña!

Luisa. Sin embargo, no debo ocultaros que siempre he admirado con entusiasmo á ese jóven que, poderoso y rico, podia consumir su vida entre diversiones y placeres como otros muchos nobles, y no obstante la ha consagrado á la defensa y sosten del pueblo. Carlos de Beaumont se ha creado enemigos que no le buscaban, por socorrer á hombres que no conocia, movido únicamente por su amor á lo que es justo y bello, y no á lo que es útil. Creo tan gran dicha la de ser amada de ese hombre, madre mia, que no he tenido valor para sustraerme de su cariño. Y... hace un momento... acaba de ofrecirme aquí mismo su nombre y sus riquezas.

Mad. Firmin. Qué le has respondido?

Luisa. Nada, madre mia, porque aun no lo sabíais vos.

Mad. Firmin. Al menos no has llevado la imprudencia al extremo. Luisa, es preciso olvidar á ese hombre y no pensar mas en ese enlace. Carlos de Beaumont es un caballero noble y rico; en el dia ocupa ya el destino de secretario del cabildo, y puede aspirar á las primeras dignidades desde ese puesto, al paso que por su talento puede aspirar á cubrir de gloria su nombre. Aceptar su mano, seria aislarle de su familia, comprometer para siempre sus intereses y

cortarle su honorífica carrera. Rehusarla , no puede ser todavia para tí un sacrificio: mas tarde , tendrias tal vez que arrepentirte de haber dado alas á esa pasion , y tu egoismo en el dia te acarrearía amargos desengaños en lo venidero.

Luisa. Oh! eso no , madre mia ; si hubiérais tenido ocasion de conocer como yo su alma generosa!...

Mad. Firmin. Desgraciadamente he vivido lo bastante para aprender que la generosidad humana está sujeta á la merced de los acontecimientos ; y sin que esto sea dudar de la del señor de Beaumont , no quiero que mi hija querida se arriesgue á hacer la prueba. Una muy gran felicidad suele ser tambien un infortunio cuando no es duradera. Todavia nos queda un hermano de tu padre que reside en Paris , y que puede sernos útil si quiere ; si su conciencia no le mueve á ampararnos , su reputacion le hará fuerza de ley. Una vez que no debemos esperar nada del pleito que veníamos á entablar , hoy mismo debemos dejar á Rouen y salir de aqui dentro de algunas horas , sin volver á ver al señor de Beaumont.

Luisa. Sin verle!

Mad. Firmin. Es el único medio de escusarte tormentos inútiles ; tengo ademas otras razones para precipitar nuestra marcha. Cómo quieres que viva tranquila en esta fonda , cuando sé que habita en ella el Caballero de Santival , cuyos vicios y relajadas costumbres son célebres en Rouen? Ha puesto los ojos en tí y temo sus miras siniestras... Te ha hablado?

Luisa. Sí , madre mia ; pero qué nos importa ese hombre? Qué temeis? A él no le amo.

Mad. Firmin. Encontrarse con esa clase de hombres es siempre una desgracia , hija mia ; sus atenciones hácia una jóven , un insulto... pero... silencio... Si no me engaño es él... acaba de detenerse un coche á la puerta y he oido su voz... vendrá sin duda de alguna casa de juego , en donde habrá pasado la noche... Retirémonos , Luisa.

Luisa. (*Aparte.*) Dios mio ! No podré despedirme de él... Oh ! si pudiera avisarle... (*Vanse.*)

ESCENA IV.

MALISSET. LEREY. SANTIVAL, con semblante desencajado y el traje descompuesto.

Lerey. Ya estais en vuestra casa, querido Santival. Guárdeos Dios, y perdonadnos que os hayamos ganado cuanto llevábais encima.

Malisset. No se puede pedir mas limpieza ni finura para arruinar á un hombre. Despues de dejaros *in albis* hemos tenido la atencion de traerlos en coche hasta la fonda.

Lerey. La verdad sea dicha, yo lo he hecho por no dejarle pasar á pie el puente; la vista del agua da siempre tentacioncillas voluptuosas á los jugadores desgraciados.

Santival. Arruinado!

Malisset. Como soy que me remuerde la conciencia. Tengo una suerte tan decidida al Faraon... que haria quebrar una banca, aun cuando tallase el mismo judío Samuel Bernard: y si he de decir lo que siento, es cosa que me desespera, porque no dejo á mis contrarios con que comer al dia siguiente.

Santival. No es eso lo malo... sino que tampoco les dejais con que jugar...

Lerey. (*Bajo á Malisset.*) Creo que el momento es oportuno para hacerle la proposicion. (*Alto.*) Espero, Santival, que perdonareis á vuestros contrarios el que se mezclen en vuestros asuntos... pero nos habeis dicho que los luises que os hemos ganado esta noche eran los últimos que os quedaban de vuestro patrimonio, y...

Santival. Despacio, señores... sois flacos de memoria... aun os debo quinientos mas.

Lerey. Eh! ese es un pico con el cual no queremos contar... Ahora bien; nosotros andamos buscando, para nuestra colosal empresa, un hombre hábil.

Malisset. Sí, un hombre inteligente y astuto como vos.

Lerey. Que... que sepa aprovecharse de cualquier coyuntura favorable para llevar adelante nuestros proyectos... que observe á nuestros enemigos.

Malisset. Sí, porque como en este país, no puede uno hacer bien sin granjearse enemigos... (*Con énfasis.*)

Lerey. Y pensábamos proponeros un modo pronto y fácil de volver á haceros tan rico como habeis sido.... por ello, solo se os pide que acepteis quinientos luises de asignacion y un empleo de precursor... de auxiliar...

Santival. Señores, estoy viendo que andais con muchos rodeos para hablar á un hombre arruinado. Olvidais que el juego no me ha dejado esta noche ni una sola moneda en el bolsillo para echarla de pundonoroso y delicado?... Vamos claros; vosotros que-reis que os sirva de espia?

Lerey. Quitad allá!

Malisset. Ah! amigo Santival, nosotros somos incapaces de proponeros cosa alguna que no sea honrosa, y nos injuriais con suponer que podemos valernos de medios tan rateros para obtener un buen resultado de nuestra empresa.

Santival. Poco á poco señores, quinientos luises no se dan asi como se quiera á no destinarlos para pago de algun empleo sospechoso... Apostaria lo que no tengo, á que hay que escluir todo sentimiento de honradez de este trato.

Malisset. Con que está hecho? aceptais?

Santival. Despacio, no hay que correr tanto. Proposiciones de esa especie, solo se aceptan cuando uno está ya con los pies en la escalera de una horca, ó en el parapeto de un rio; y ya veis que yo, gracias al diablo, me hallo todavia aqui muy tranquilo.

Lerey. Y muy pobre...

Santival. Tambien es verdad, pero no por eso puedo decir que me he quedado pobre y honrado... la primera de estas palabras implica contradiccion con la otra; pero hasta ahora, al menos, si me he entregado sin freno á todas las locuras y deleites de la vida de libertino ha sido por mi gusto ó por interés particular... Nunca se me habia ocurrido hasta ahora especular con mis vicios.

Lerey. Todo el mundo es dueño de disponer de lo que tiene.

Santival. Sin embargo, tambien es uno dueño de ha-

cerse el dificultoso, cuando se le propone que haga una cosa á que no está acostumbrado. (*Con gravedad.*) Además que en el dia me detienen otras razones... tengo una cierta pasioncilla con la cual estoy muy mal... y contra la que he buscado un antídoto inútilmente en las orjias y el juego.

Malisset. Vos enamorado, Santival?

Santival. Oh! de nada serviria que os contara lo que siento porque no lo comprenderiais... gracias á que lo comprenda yo mismo...

Malisset. Segun eso, desechais nuestra proposicion. !

Santival. No he dicho tanto; yo habia nacido para ser un político profundo; jamás sé lo que pensaré dentro de una hora.

Lerey. Es decir que dentro de una hora nos dareis la respuesta?

Santival. Tal vez antes... ó tal vez despues.

Malisset. Hacedme el obsequio de admitir entretanto el primer trimestre de vuestro sueldo... Oh! podéis aceptarlo sin escrúpulo... es casi una restitucion; es el oro de esta noche.

Santival. Le acepto en calidad de préstamo. (*Aparte.*) Le pondré á una carta y si gano, se lo devolveré y quedaré libre... Sino será señal de que asi lo quiere la suerte...

Lerey. Justamente tenemos aqui una cita dentro de dos horas con un tal Carlos de Beaumont que nos ha acusado ante el parlamento de Rouen, sin que le hayamos hecho nada... Es un amigo de la humanidad... un don Quijote desfacedor de entuertos.

Malisset. Un majadero!... Pero como si habla puede hacernos daño... le hemos dado una cita... y ha quedado en aguardarnos aqui, dentro de un par de horas... con que tened la bondad de decidiros para entonces y traednos la contestacion.

Santival. Asi espero hacerlo.

Malisset. (*A Lerey.*) Ya es nuestro... no me cabe duda... Yo soy dichoso en todo lo que emprendo. (*Vanse los dos.*)

Santival. (*Solo.*) Estos hombres son felices... tienen el alma tranquila, y la conciencia no les remuerde... porque lograron ahogarla en su corazon... Yo soy el

mas digno de lástima ; la vida solo es soportable á los que creen en algo ó á los que lo niegan todo. Yo dudo todavia... y lo que es peor aun , conozco que quisiera creer cuando veo á esa joven.

ESCENA V.

SANTIVAL. — LUISA.

Luisa. (Aparte sin ver á Santival.) Ya debe haber vuelto; si pudiese hablarle un momento. (*Repara en Santival, da un grito y quiere retirarse.*)

Santival. No... deteneos... os ruego que os detengais... la Providencia sin duda es la que ha dispuesto que aparezcáis delante de mí en este momento decisivo. Vos dareis á mi existencia la solucion que yo no me atrevia á darla.

Luisa. Perdonad... pero... (*Quiere retirarse de nuevo.*)

Santival. Oh! deteneos por piedad, en este momento solo hay aqui peligro para mí... Luisa, no os cansaré con la historia de mi vida; no veriais en ella mas que faltas y no dariais crédito á mis disculpas... basteos saber que por muy adelantado que esté en la carrera del vicio, como vos la llamareis, aun me siento con fuerza para detenerme y volver atras; con tal que me concedais la posesion de vuestra mano... Sí, la primera vez que tuve la dicha de veros sentí una emocion que desconocia ya hacia mucho tiempo; sentí que la conciencia no llega á morir en el que tiene corazon... y el mio jamas ha amado con tanto ardor. (*Movimiento de Luisa.*) Jamas ha sentido un amor tan puro como el que vos me habeis inspirado... Conozco que estas palabras suenan mal en mis labios pálidos y blanquecinos por la fiebre del juego y la vigilia... Vuestra mano teme tocar á la mia ennegrecida aun por el roce del tapete verde... pero os juro que la fatal pasion del juego no es en mí una inclinacion; si me he entregado á ella ha sido mas por desesperacion que por necesidad. Un amor como el mio necesitaba terribles distracciones... jugaba... jugaba por no matarme.

Luisa. Pero qué es lo que quereis?.. hablad... qué puedo yo contestaros á todo eso?

Santival. Una palabra que sea mi salvacion ó mi muerte. Si vos me amais, todo lo creo posible aun, Luisa, seré virtuoso porque seré feliz... y aunque ahora os parezcan estrañas estas palabras en mi boca, espero que lo venidero legitimará el derecho que ahora usurpo de pronunciarlas. Debo heredar en breve una pequeña hacienda con la que no tendria bastante para seguir algunos meses la vida que hasta aqui he llevado; pero es lo suficiente para asegurar completamente el porvenir de un hombre rico ya por la dicha que os deberá á vos. Para sosteneros hasta entonces trocaré este traje, si fuese preciso, por el vestido de paño del mercader ó la blusa del trabajador... lo que vos querais, porque siempre será vuestra eleccion mejor que la mia. Hablad, pues, Luisa, pero no olvideis que por grande que sea la felicidad que logre con vuestro amor, no igualará sin embargo al mal que me ocasionaria vuestro desprecio; y que quizás algun dia os pesarán en este último caso las palabras que hubiéseis pronunciado.

Luisa. Señor de Santival, á pesar del horror que hácia vos me habia inspirado vuestra reputacion, el modo con que acabais de desmentirla me hace miraros con menos aversion y aun con lástima hasta cierto punto; pero yo no me creo con poder suficiente para cambiar las inclinaciones y renovar la existencia de un hombre... confio en que esa transformacion tendrá lugar por sí sola... porque repito que yo no puedo contribuir en nada para ella...

Santival. Luisa...

Luisa. Mi resolucion es irrevocable; mi deber, desengañaros al propio tiempo que os manifiesto mis deseos de veros dichoso, pues estais dispuesto á mostraros digno de serlo.

Santival. Y cuál es el motivo que os mueve á hacerme perder toda esperanza?

Luisa. Sois acreedor á mi confianza pues he merecido la vuestra: sabed pues el motivo... amo á otro hombre.

Santival. Amais á otro. Ah! Maldicion sobre él.. Quien quiera que él sea experimentará los efectos de mi venganza pues me arranca lá última ilusion de mi vi-

da, el único amor puro que ha sentido mi corazón Juro que no me detendrán ni obstáculos ni peligros hasta satisfacer el odio que ya siento hacia ese hombre...

Luisa. Su nombre no saldrá de mi boca. Además, solo la felicidad puede inspirar envidia ó celos, y el hombre á quien yo amo quizás vivirá lejos de mí eternamente... Mi cariño solo sería para él una desgracia aun en el caso de que fuese correspondido. Tal vez no volveré ya á verle nunca.

Santival. (Aparte.) No volverá á verle nunca... luego no está en Rouen... (*Movimiento de cólera.*) Oh! yo he de descubrir á ese hombre, sea quien fuere aun cuando para lograrlo tuviese que perder los años mas preciosos de mi vida (*A Luisa que intenta retirarse.*) Luisa! Luisa! por piedad! dadme una esperanza... decidme una palabra de consuelo...

Luisa. Caballero, no puedo responderos sino lo que ya os he dicho... yo tambien amo sin esperanza... compadecedme. (*Vase.*)

ESCENA VI.

SANTIVAL solo.

(*Quédase triste y en ademan pensativo durante algun tiempo; de repente levanta la cabeza y esclama con una risa convulsiva y sardónica.*) Yo estoy demente! Querermé hacer hombre de bien; pensar en amores cuando tengo un centenar de luses en el bolsillo... Miserable de mí!.. Eso fuera bueno cuando me hallara sin blanca. Bien empleado me está haber sido desairado, por esa tontuela. Juro á Dios que me han de pagar algun dia sus desdenes ella y su amante anónimo... Hola! hacia aqui vienen Malisset y Lerey... A jugar!.. sí, voto á brios... á jugar!... Vale mas consultar á ese oráculo, que declararse á una muger; si el juego engaña tambien á veces no pone al menos en ridículo. (*Vase.*)

ESCENA VII.

MALISSET. LEREY.

Malisset. Segun parece aun no ha venido el señor Carlos de Beaumont; aguardémosle. Con tal de estorbar que hable hoy contra nosotros llevaré la política al extremo con ese descamisado... pero le juro que le haré pagar su necio orgullo cuando llegue la ocasion.

Lerey. Todo eso está bien, amigo Malisset; pero habeis cometido una imprudencia mandando subir el precio de los granos justamente el mismo dia en que nuestro sistema va á sufrir una terrible acusacion ante el parlamento.

Malisset. Me ha sido inevitable el hacerlo así. Pero no temais, el parlamento no puede hacernos daño alguno aun cuando las elocuentes razones del buen Carlos de Beaumont le convenciesen. Convengo con vos, en que lo mejor es evitar las discusiones todo lo que se pueda y economizarse de ese modo enemistades é injurias... pero cuando...

Lerey. Silencio! Aqui se acerca nuestro hombre.

ESCENA VIII.

MALISSET. LEREY. CARLOS DE BEAUMONT.

Carlos. (Saliendo y aparte.) Ya han venido! Ah! no podré hablar á Luisa.

Malisset. Hace rato que os estamos aguardando, señor de Beaumont.

Carlos. Y yo por el contrario, caballeros... no os aguardaba ya.

Lerey. Sin embargo, debeis acordaros que estábamos citados aquí... Si os parece, pasaremos á vuestra habitacion... (Señalando al cuarto de Carlos.)

Carlos. Oh! no es necesario. Cuando acepté esta entrevista fue con alguna esperanza, aunque incierta, de que conseguiria mejorar la suerte del pueblo, cuyo órgano soy. Acabo de saber con asombro la nueva subida en el precio de los granos... Este golpe es

el último que faltaba para hacer perecer á las clases pobres, y no es por ese medio por el que podreis lisonjearos de entrar en negociaciones conigo.

Malisset. Pero, señor de Beaumont, vos nos acusais de desgracias que suceden bien á nuestro pesar, y que nadie mejor que nosotros quisiera evitar á las clases pobres. Vuestra elocuencia puede perjudicarnos ante el parlamento baciéndonos desmerecer para con la opinion publica y poniendo tal vez en duda nuestra honradez y probidad, lo cual sería imprudente en vos y fatal para unos contratistas acreditados y pacíficos, que á fuerza de método y economía han sacado provecho de sus empresas y estiman en mucho el buen concepto de sus compatriotas.

Carlos. Oh! teneis razon en efecto. Qué motivos hay para que yo me indigne contra vosotros? Quién me manda mezclarme en esto? Sois ricos, teneis auxiliares y protectores poderosos y con la certeza de no ser fiscalizados mas que por la opinion de los buenos ciudadanos, que no tiene gendarmería á sus órdenes, comprais á infimo precio, escudados con los nombres de mil dependientes y agentes vuestros, todos los granos de la Francia; en seguida, como teneis en vuestro poder casi todo el pan de la nacion, volveis á vender los granos á un precio triple de lo que os costaron... Oh! seguramente que es la especulacion mas inocente que se ha intentado desde que existe comercio en el mundo... Verdad es, que habeis puesto el género en tal disposicion que hay centenares de familias que no pueden comprar una libra de pan con el trabajo de toda una semana; pero qué os importa eso á vosotros si teneis buena mesa; el pueblo podrá vender sus ajuares, pero para eso vosotros contruis casas de recreo; la hija del jornalero, honrada y laboriosa habrá de empeñar su saya y hasta su cama si quiere comer... pero para eso vosotros teneis con que regalar un aderezo mas de brillantes, á vuestras impuras queridas sedientas de oro. Todas las mañanas se encuentran las calles cubiertas de infelices muertos de hambre y de miseria; pero para eso vosotros teneis con que pasar las noches en orgias; el hambre desola la patria... qué

importa? yo sé cuatro ó cinco palacios en que reina un lujo desenfrenado... Ah! perdonad mis rarezas; estas acusaciones serán injustas sin duda; pero por desgracia soy muy testarudo, y es muy difícil hacerme variar de opinion cuando se me ha metido una cosa en la cabeza.

Lerey. Señor de Beaumont, una cosa olvidais que puede destruir todas esas acusaciones, y es, que de esta empresa tan atrocemente calumniada y que tan sin justicia se ha tildado con el feo nombre del *Pacto del hambre*, se saca, á pesar de ser cortos los beneficios, una cantidad de mil doscientas libras para socorrer á los pobres.

Carlos. Rasgo sublime de filantropia! Dar limosna á los mismos á quienes se quita el pan de la boca! Centuplicad esa cantidad y andareis aun cortos en devolver á los indigentes los intereses del dinero que les habeis sacado...

Lerey. Caballero, si en esta entrevista consultásemos solamente con nuestro amor propio y nuestra dignidad acabaria aquí nuestra conversacion; pero muévenos vuestro interes á seguiros hablando y queremos daros un aviso: hemos sentido á par del alma que un hombre de ilustre cuna...

Malisset. Y rico...

Lerey. Se obstine en hacernos una guerra injusta y no exenta de peligros, solo por el triste consuelo de tratar de mejorar la suerte de algunas familias, que yacen en la miseria; como si esta no fuese una desgracia inevitable en toda gran nacion.

Malisset. Un secretario del cabildo debia tener algo mas de caridad con sus iguales...

Carlos. Mis iguales... Señor de Malisset no tengo el honor de serlo vuestro.

Malisset. La guerra con que nos amenazais no debe darnos ningun cuidado; careceis de la menor prueba en contra nuestra.

Carlos. Luego confesais vos mismo que es eso lo único que falta: no echaré en olvido la espresion...

Malisset. El parlamento está á favor nuestro, el vecindario nos teme, la fueza pública nos protege.

Carlos. Dirigiré mis quejas mas arriba si es preciso.

Lerey. Por mucho que os empineis, nunca llegareis tan arriba como nosotros.

Carlos. Será porque tampoco me habré bajado nunca tanto.

Lerey. Basta, señor de Beaumont; al espresaros así habéis olvidado sin duda que los dos ceñimos espada... y espero que ahora lo recuerdeis.

Carlos. Desafío á mí, señores? no le acepto. Muerto vos, quedan siempre en pie otros enemigos del pueblo; muerto yo pierde su único defensor. Ya podeis figuraros por lo mismo que no he de ser tan necio que admita ese duelo. Además que el partido no sería igual... mi vida dedicada toda al estudio ha bastado apenas para llevar adelante la penosa tarea que me he impuesto; esto es, acabar con los que trafican con la sangre del pueblo... tan colosal pensamiento me ha ocupado casi exclusivamente... y no he tenido tiempo como vosotros para hacer temblar los cristales de una escuela de esgrima y aprender allí el arte de matar con habilidad. Por tanto no os canseis en traer la cuestión á un terreno personal porque no os haré caso. A Dios gracias, mi valor se demuestra claramente por el arrojo de haber acometido solo tan ardua empresa, y no juzgo necesario dar más pruebas de él; si no obstante alguno le pone todavía en duda no por eso vacilaré en hacer ese obsequio más á la noble causa que defiendo. No, señores, no; no esperéis que después de haber saqueado á sabor la nación, vais á salir del paso deshaciéndoos de vuestro enemigo con un golpe de espadachin estudiado de antemano; eso sería salir del apuro á poca costa y no creo que os hayais figurado eso cuando os veo aquí.

Lerey. Pero...

Malisset. (En voz baja á *Lerey.*) Dejad á ese mal hombre; despreciémosle y tratemos de sacar partido de Santival... ya sabeis que nos prometió venir.

Carlos. (Alto.) Señores, nada tengo que añadir á lo dicho; podeis retiraros cuando gustéis (*Aparte*) Oh! si pudiese volver á ver á Luisa! (*Sale un criado y entrega una carta á Carlos.*) Letra de muger!.. si será de ella?.. (*Lee.*) «Mi madre no consiente en nues-

tra union. Atemorizada por el hambre que empieza á sentirse en Rouen, ha resuelto que salgamos hoy mismo para París: cuando llegue esta carta á vuestras manos ya estaré yo lejos y tal vez me habré separado de vos para no volveros á ver nunca... Os amo siempre... Luisa Firmin». Ah! infeliz de mí! Acabóse para siempre la dicha... ya no me queda mas que el consuelo de haber cumplido con mi deber.

Malisset. Se ha puesto pálido !.. Esa carta le ha desconcertado... está triste y abatido... sin duda le anuncian el fin que indispensablemente habia de tener su descabellada tentativa. Me parece que el momento es oportuno para sondearle de nuevo... (*Acercándose.*) Con que, señor de Beaumont, no habrá medio de que todo se arregle y quedemos contentos?

Carlos. Señores, ya es la hora de la audiencia del parlamento y me retiro.

Malisset. Pero en fin qué respuesta dais á nuestras proposiciones?..

Carlos. Tres palabras tan solo: guerra á muerte!

Los otros dos repitiéndolo con soflama.) Sea en buena hora: guerra á muerte.



ACTO SEGUNDO.

Quince meses despues. Despacho de Carlos de Beaumont en una casa aislada. Muebles de gusto, pero no costosos.

ESCENA PRIMERA.

(Es de noche. Sobre la mesa habrá una lámpara y una caja abierta que contendrá papeles.)

CARLOS solo.

En vano revuelvo y leo, no hay un solo documento irrecusable; todas son pruebas de poco valor, bastantes sí para llenar de convicción el alma de un hombre de bien, pero no para que por ellas pueda decidir el parlamento. Hasta que no consiga tener en mis manos una copia auténtica de ese contrato secreto é infernal que el pueblo ha estigmatizado con el nombre de *Pacto del hambre*, todos mis esfuerzos y sacrificios serán en vano... con tan terrible prueba todo sería posible... sin ella, nada... Antes de emprender mi viaje á Rouen conté con un honrado oficial de fábrica llamado Boirel para ver si por su medio conseguia tan importante documento. En su boca las preguntas no hubieran suscitado sospechas.. Podia entrometerse con los empleados mas subalternos, y me hizo confiar en que tal vez conseguiria una copia de ese horrible pacto, por medio de un agente secreto de la empresa á quien él tenia engañado. Pero he vuelto, han pasado dias y meses y no ha conseguido nada.. Quiere decir que habré finjido inútilmente apostar de la santa causa que defendia, y que habré pasado un año haciendo este infame papel sin fruto alguno! Todo lo he inmolado ante el altar de la patria, honor, riquezas, porvenir, ventura, para ir reuniendo lentamente las pruebas que necesitaba, y todavía me falta la mas esencial, la única que pue-

:

de hacer validas todas las otras! Me llamo amigo de esos hombres, les doy la mano, me siento á su lado en sus escandalosos festines... el pueblo me cree su cómplice; y á pesar de haberme arrastrado en el fango con ellos no he podido encontrar una piedra que tirarles al rostro. (*Luisa pálida y vestida de blanco aparece en este momento en el dintel de la puerta, sin ser vista por Carlos.*) Pero... guardemos estos papeles... estos informes y facturas interceptados que por ahora solo podrian comprometerme... Si los monopolistas supiesen que poseo tales documentos no tardarian en descargar su venganza sobre mi cabeza... Ocultemos todo esto. (*Acércase hácia un ángulo, empuja un resorte y ábrese una hoja de la ensambladura en cuyo hueco esconde los papeles. Luisa no pierde ninguno de estos movimientos.*) Ahora corramos á la cita... Dios hará que Luisa no tenga el delirio de todas las noches... la muerte de su madre que la dejó huérfana y entregada á los horrores de la miseria la ha ocasionado esa terrible enfermedad... El cielo quiso sin duda que yo viniese á París á tiempo de poderla ofrecer mi mano y sacarla de tan horrible situacion... Vamos... Aunque me cueste la vida he de cumplir con el deber que me he impuesto. (*Va á salir y se encuentra cara á cara con Luisa.*)

ESCENA II.

CARLOS. LUISA.

Luisa. Dónde vas, Carlos?.. Tus palabras me han llenado de temor... Acabas de decir que tu existencia se ve amenazada... Qué papeles misteriosos son esos que ocultas con tanto cuidado?

Carlos. (*Con dulzura.*) Nada temas, Luisa mia... esos papeles podrian ser de gran valor cuando yo tenia aun esperanzas; pero ahora que todos mis proyectos han venido al suelo no pueden ya comprometer á nadie, ni á mis enemigos ni á mi.

Luisa. No pienses que me engañas, Carlos; he sabido adivinar que no has renunciado á los planes que hace tiempo formaste para la felicidad del pueblo. No ignoro que en este despacho hay una puerta se-

creta, por la cual sales todas las noches para reunirte con tus antiguos amigos; algunas veces he creído oír desde mi alcoba un sordo murmullo de voces, como de hombres que estuviesen aquí reunidos y siempre me ha parecido al día siguiente que habria sido uno de esos delirios horribles que me acometen á estas horas. Aguardaba que mostrases mas confianza en tu Luisa para pedirte que me esplicases todos esos misterios... pero ya no puedo ocultar por mas tiempo mi inquietud; esos papeles, esas palabras que acabas de pronunciar, me han llenado de terror. Carlos, tú piensas llevar á cabo esta noche algun audaz proyecto; no te apartes de mi lado, te lo suplico.

Carlos. Tranquilízate, Luisa... qué peligro puede amenazarme?... No ignoras que los que tenían algun motivo para desconfiar de mí, no recelan la menor cosa y me llaman amigo; soy su compañero de fiestas y diversiones, y poseo casi todos sus secretos... Oh! descuida en mi prudencia, Luisa; te repito además que mis proyectos de hace tiempo no pueden comprometernos ya... porque es imposible que se realicen. Ve á recogerte, Luisa mia, ve á descansar; pronto estaré de vuelta... (*Hace que se vá.*)

Luisa. (*Deteniéndole.*) No esperes salir hoy de aquí... Una imprudencia puede poner en riesgo tu existencia. Ya no tienes derecho para esponer tu vida y tu libertad como en otro tiempo; tienes familia y la suerte de esta familia, así en el día como en lo venidero depende de tí... Oh! quédate, quédate! Carlos ten compasion de mí; he sido tan desgraciada! (*Llora.*)

Carlos. Querida Luisa...

Luisa. Tu proyecto es noble y grandioso, verdad es... Proporcionar el sustento á una nacion entera era una empresa difícil á la par que magnánimas y cuya tentativa debiste disputar á cualquiera otro. Pero de qué han servido tus esfuerzos, tus sacrificios, tu firme voluntad?... Carlos, acuérdate de mi pobre madre... (*Con sensibilidad y amargura á la vez.*) de mi pobre madre muerta de hambre y de miseria. En vano acudiste á salvarla, ya no era tiempo.

Carlos. Desventurada!

Luisa. Pues bien... La Francia sufre, como mi madre;

el hambre la desola... pero en vano tambien acudirás á salvarla, y solo conseguirás perecer si pretendes vengarla. Este horrible pensamiento no me abandona jamas. Oh! tú no sabes lo que sufro, Carlos. A cada instante tiemblo por tí; mi razon se extravía á veces... un delirio frenético se apodera de mí durante el sueño... y hablo y publico á voces mis temores, mi inquietud... Oh! en ese estado podria cometer algun funesto desacierto... No, no te apartes de mí, Carlos... Tengo presentimientos de que esta noche nos ha de ser fatal... Carlos, te lo pido de rodillas... en nombre de nuestro amor... de nuestro hijo... en nombre de mi pobre madre! (*Cae de rodillas.*)

Carlos. (*Levantándola y estrechándola contra su corazon.*) Luisa, sosiégate... tu dolor me traspasa el corazon, sosiégate... Bien, sí... no saldré esta noche... Qué he de hacer en realidad? La causa que he abrazado está perdida... Dios abandona á la Francia! Cómo he de poder defenderla yo solo? He llenado mis deberes de ciudadano para con ella; pero una vez que no puedo darla mi vida, sino inútilmente, me queda el derecho de consagrártela... Sí, dejo á la voluntad del cielo la marcha de los acontecimientos, calma tus temores y ven á mi corazon... Quiero deberos mi dicha á tí y á mi hijo... quiero que desde hoy me debais la vuestra á mí únicamente.

Luisa. Oh! gracias, Carlos, gracias... tu corazon siempre fue noble y generoso. Gracias, amigo mio, desde este momento empiezo á ser otra vez dichosa. Oh! conozco que la esperanza vuelve á renacer aqui. (*Señalando al corazon.*)

Carlos. Retírate á descansar, Luisa... estás pálida y necesitas un poco de reposo. (*Llama y sale una criada.*) Acompañad á la señora hasta su cuarto, y volved dentro de un momento á decirme como sigue. (*A su muger.*) Luisa, acuérdate que me has prometido ser dichosa. (*La ayuda á levantar y la acompaña hasta la puerta.*)

Luisa. Y tú, Carlos, acuérdate que me has prometido vivir tan solo para mí. No olvides tu promesa. (*Vase.*)

ESCENA III.

CARLOS *solo.*

Pobre Luisa! He debido hacerle esa promesa; tengo tantos derechos á mi gratitud, á mi cariño. (*Sentándose pensativo.*) Además, qué iba yo á hacer en la cita? Hacer alarde de una impotente cólera con esos desgraciados, formar nuevos planes para verlos desbaratados mañana? Sí, dice bien; vale mas aguardar pacífico y tranquilo á que llegue el terrible dia, si es que ha de llegar.

ESCENA IV.

CARLOS.—BOIREL *sale con gran precaucion por la puercecita secreta y se acerca á Carlos el cual no oye sus pisadas.*

Carlos. (*Continuando.*) No, no hay que hacernos ilusion por mas tiempo, todo se ha perdido.

Boirel. (*Acercándosele.*) No tanto como eso, señor Carlos de Beaumont.

Carlos. (*Volviéndose.*) Ah! eres tú, Boirel. (*Con frialdad.*) No pensaba verte esta noche.

Boirel. Puesto que vos no buskais al pueblo, se hace preciso que el pueblo venga en busca vuestra; tengo que participaros una gran noticia.

Carlos. Gran noticia podrá ser, pero noticia favorable... no lo creo; cesaron de circular hace ya tiempo entre nosotros las de esa clase.

Boirel. Quién sabe..? (*Pausa.*) Vamos, no me preguntais de donde vengo, en qué me he ocupado? cuál es la noticia que me trae tan contento?

Carlos. No te he dicho que no espero ninguna...

Boirel. Pues aqui traigo yo cierto talisman en forma de pèrgamino que estoy seguro de que ha de volveros la esperanza.

Carlos. (*Sin mirar.*) Y cómo te le has procurado.

Boirel. Por medio de ese agente de los logreros.... ya sabeis... de Rinville... Se decidió al fin... y se ha fu-

gado á Holanda con las veinte mil libras francesas que me entregásteis para los planes de nuestra empresa.

Carlos. (Con ironía.) Quiere decir que se habrá burlado de tu buena fé, pobre Boirel? te habrá sacado esa cantidad por algun documento insignificante, como todos los que hemos conseguido por los mismos medios?

Boirel. Bien podrá ser; sin embargo, no me habeis dicho que el dia que lográsemos una copia auténtica del *Pacto del hambre* era el dia del triunfo de nuestra causa?...

Carlos. Sí, amigo mio, pero solo existen cuatro de esas copias: dos estan encerradas en las ferradas arcas de los monopolistas y las otras dos... en las oficinas de la administracion de rentas tal vez.

Boirel. (Con indiferencia y colocando un pergamino encima de la mesa.) Pues venga de donde venga, aqui teneis una por el pronto.

Carlos. (Se levanta repentinamente, deja caer el sillón y coge á Boirel por el brazo.) Qué dices? el *Pacto del hambre!*... Es de veras el *Pacto del hambre* el que me traes?

Boirel. (Con mucha serenidad.) Mirad!...

Carlos. (Cogiendo el pergamino.) Será cierto! (*A Boirel.*) Ah! mis manos tiemblan! mis ojos se empañan; temo morir de alegría antes de haberlo leído! (*Examinando el pergamino.—Lee.*) «Contrato hecho entre Pedro Malisset...» (*De repente.*) Este es... ah! veamos las firmas... Sí... hélas aqui: hé aqui la letra desigual de Malisset, la de Leroy, la de Laverdy, todas están en mi poder! Boirel, por este contrato que me has traído te hubiera dado hasta la última gota de mi sangre. Boirel, este contrato es la vida de cien mil familias... Nada tengo, nada que sea digna recompensa del que hace á su país un tan magnífico presente, pero... ven á mis brazos. (*Se arroja cada cual en los brazos del otro, y se abrazan con entusiasmo y ternura.*)

Boirel. Ya no renunciareis á nuestros proyectos? no abandonareis nuestra causa, no es verdad?

Carlos. Quién ha dicho que yo desertaba de las filas

del pueblo? Quién se ha atrevido á decir que no sostendré siempre sus derechos y no activaré su venganza? Quién será capaz de suponer que cuando toco al término de la carrera , término hasta ahora tan lejano , que parecia huir delante de mí , no me he de entregar á la alegría de un triunfo tan grande y tan deseado? Ah! he pasado luengos años de paciencia y sufrimientos para llegar al momento en que ahora nos hallamos , Boirel ; pero ya no me quejo ; humillaciones , injurias , calumnias , todo es nada comparado con el gozo que rebosa en mi corazon No acabo de creerlo! Es verdad que tengo aqui en mis manos la ruina oficial de la Francia... una traicion notoria... la parte , el oficio , la confesion de cada uno?.. Oh! quisiera que bajase del cielo una mano divina que agrandase este pergamino y le tuviese suspendido á la vista de la Francia entera. Quisiera que un inmenso fanal dejase leer sus letras gigantescas... Ya no hay refugio para ellos... ya no habrá protectores que osen defenderlos por encumbrados que los vean... ya no habrá jueces que se atrevan á absolverlos... No , aun cuando poseyesen fortalezas y ejércitos no los temeria... en mi mano está el rayo!

Boirel. Ea pues , á la obra , á la obra esta noche misma ! todos los nuestros estarán aun reunidos ; nos esperan.

Carlos. (Distraido.) Sí , esta noche misma.

Boirel. Yo introduciré aqui los principales gefes por esa puertecilla secreta , y vos les dictareis vuestras órdenes.

Carlos. (Volviendo en sí.) Aguarda , Boirel , olvidaba hablarte de una cosa... Nuestra causa cuenta con un partidario mas ; un trabajador decidido y animoso , llamado Jacobo Picot... le espero esta noche.

Boirel. Pero estais seguro de que podemos fiarnos de él.

Carlos. La primera vez que le ví fué en una disputa con varios soldados y agentes de policia que querian prenderle ; otro dia me salvó la vida sacándome de entre las manos de tres hombres que me habian acometido gritando : « Muera el apóstata ! muera

el traidor!» (Con amargura.) Porque desde hace algun tiempo, eso es lo que piensa el pueblo de mí...
Ya ves que podemos contar con ese hombre.

Boirel. Bien!

Carlos. Malisset no está en Paris. Es preciso que todo quede concluido esta noche misma; mientras tú corres á avisar á los demas, voy yo á meditar el plan que debemos seguir.

Boirel. En breve estaré de vuelta.

Carlos. Sí, date prisa; aqui espero. (*Vase Boirel por la puertecita secreta de la derecha.*)

ESCENA V.

CARLOS. UNA CRIADA, durante pocos instantes.

Carlos. Ah! sois vos?.. y Luisa?

Criada. Está descansando; pero su sueño es agitado.

Carlos. Bien; cuando se despierte me encontrará vencedor. Retiraos. (*Vase la criada: Carlos se sienta.*)
Ahora reflexionemos un momento sobre lo que se debe hacer: ¿será prudente comprometer á un sinnúmero de padres de familia, cuando tal vez bastaria una acusacion legal? (*Pausa.*) No; es preciso un golpe terrible que llame la atencion de toda la Francia; yo sé lo que cuesta atacar delante de la ley, solo y sin apoyo, á enemigos tan poderosos como los míos; lograrían sofocar mi voz por segunda vez! Si saben que no hay mas que un hombre que pueda llamarlos ante la ley y que es el único depositario de este secreto, no podrán por ventura acabar de un golpe con el hombre y el secreto?.. Sí, sí; es preciso un gran movimiento; son necesarias pruebas tan numerosas, tan imponentes, que hasta sus cómplices mas poderosos se vean obligados á abandonarlos á la pública indignacion. Volvamos á revisar este pergamino.
Un criado. (*Anunciando.*) Monsieur de Malisset.

ESCENA VI.

CARLOS DE BEAUMONT. MALISSET.

(Malisset viene por la puerta del foro.)

Malisset. (Con tono jovial.) Dios os guarde, querido Beaumont... qué estais haciendo? alguna nueva acusacion?

Carlos. (Oculta el pergamino, y en seguida exclama serenándose de la impresion que le ha causado la súbita imprevista de Malisset.) No, mas que eso; es una sentencia.

Malisset. (Con buena fe.) Haceis mal en trabajar tanto; vais á acabar con vos. Qué diablos, hombre! bueno es ocuparse en algo útil, pero tambien debemos pensar en divertirnos un poco. Por lo mismo, yo que me intereso en la salud de mis amigos, vengo á buscaros, y aunque sea á la fuerza os habeis de venir conmigo esta noche.

Carlos. A dónde?

Malisset. A una funcion que doy en mi casa de recreo en el arrabal de Roule. *(Muy pagado de sí.)* No os lo he contado?.. oh! es una gran novedad: doy una cena en obsequio de mi última querida... la Americana del teatro de la ópera!.. una muger bellisima, y que está muerta por mí... ello sí... cuesta caro;.. doscientos lises mensuales, sin contar los gastos de carruage que ya he desembolsado esta mañana. Por lo tanto, debo confesaros, pues sois de los nuestros, que con este motivo tendré que hacer alguna subida en el precio del pan.

Carlos. Cuándo?

Malisset. Mañana.

Carlos. Ah! mañana!

Malisset. Oh! no será mucho; lo que baste para reintegrarme de los gastos de carruage y demas tren de la Americana. Leroy es el que me ha hecho reparar en la muchacha y me ha aconsejado que la ponga en zancos. Es hombre de muy buen gusto.... Con que vendreis, eh?..

Carlos. Yo?... no sé...

Malisset. Ea, decidíos; en el cabildo no se sabrá. Venid y os divertireis á fe mia, porque no creais que seremos muchos; nuestros asociados, unas cuantas beldades y asunto concluido.

Carlos. Es decir... que tambien estarán Perruchot y Rousseau?

Malisset. De fijo; os digo que vais á pasar un rato divertido.

Carlos. Y Leroy?

Malisset. Me ha prometido que haria por ir... pero no acaba cierto...

Carlos. Oh! seria lástima que faltase; es el alma de todas las bromas, y sentiria su ausencia á la par de mi alma. Teneis razon, debemos pasar una noche deliciosa, y por lo tanto soy de los vuestros. (*Aparte con alegria.*) Imprudente! El mismo me los entrega...

Malisset. Asi me gusta. Pero (*Con intencion.*) vais á ir solo?

Carlos. Allá veremos.

Malisset. De buena gana hubiera invitado á Madama Beaumont; pero ya sabeis que no es cosa de eso. (*Sosteniéndose sobre la punta de los pies y balanceándose al propio tiempo que se sonrie con malicia.*)

Carlos. Ya lo supongo. (*Abrese á este tiempo la puerta y aparecen Boirel y hombres del pueblo. Beaumont cierra de pronto y bruscamente.—En voz baja.*) Todavía no; yo os avisaré.

Malisset. (*Con tono de severidad y cólera fingida.*) Hola! hola! señor de Beaumont... Por fin, he abierto los ojos... acabáramos... ya entiendo...

Carlos. Qué es lo que quereis decir?

Malisset. Que yo no me dejo engañar tan fácilmente...

Carlos. (*Aparte.*) Si habrá descubierto!..

Malisset. Esa visitita misteriosa y nocturna... Vamos, vamos... todo lo veo ahora; habeis hecho vuestro papel divinamente!

Carlos. Mi papel!

Malisset. Pero conmigo no se juega. Hola! Sabeis, amigo, que para ser secretario del cabildo no os andais con muchos escrúpulos?

Carlos. Acabad.

Malisset. Dar citas por la noche en el domicilio conyugal! Vamos, no vayais á negármelo ahora... esa puertecita se ha movido... y juraría que he visto... una... Oh! es una imprudencia imperdonable!.. El asilo de la familia es un templo, amigo mio... (*Con tono enfático.*) un templo que no se debe profanar... Está bueno que he de ser yo el que os dé lecciones de moral... Pero el tiempo corre... Con que no tardeis en venir á buscarnos... yo conozco que estoy aquí de mas...

Carlos. Id descuidado; no me haré esperar mucho tiempo.

Malisset. Está bien. Adios. (*Se aleja de puntillas; en seguida vuelve de pronto hácia Carlos, que da muestras de impaciencia, y le dice con misterio.*) Ah! no es cosa de que gasteis cumplimientos con nosotros... con que... dejaos de cuentos y traedla con vos esta noche, si gustais.

Carlos. A quién?

Malisset. (*Riendo.*) A la personita que queria entrar por ahí hace poco.

Carlos. No era una, eran muchas.

Malisset. Oiga! Pues sois un sultán. Ea, entonces, llevadlas á todas. Con eso habrá mas que rían y que cenén.

Carlos. (*Sonriéndose con intencion.*) Puede que en efecto sean ellas las que animen la broma.

Malisset. Pues señor, cuento con que ireis acompañado y me retiro... no quiero estorbaros por mas tiempo... Quedamos convenidos... hasta la noche. (*Vase de puntillas y tarareando.*)

ESCENA VII.

CARLOS DE BEAUMONT. Poco despues SANTIVAL.

Carlos. No hay tiempo que perder... Boirel y sus amigos estan ahí... Guardemos este precioso manuscrito del cual depende el éxito de nuestra empresa; no ha de salir de esta caja sino para aparecer ante la

vista del parlamento. (*Coloca el contrato en la cajita y la oculta en el secreto de la ensambladura.*)

Un criado. Señor, un hombre que tiene trazas de artesano desea hablaros.

Carlos. Un artesano! Os ha dicho su nombre?

Criado. Jacobo... si no recuerdo mal.

Carlos. Jacobo Picot? (*El criado hace una seña afirmativa con la cabeza.*) Dejadle entrar. (*Vase el criado.*) El nuevo iniciado no conoce aun la entrada por la puerta secreta. (*El criado introduce á Santival.*)

Santival. Llego el primero, segun creo... Ayer me dijisteis sin embargo...

Carlos. Un poco de paciencia, amigo mio; no creais que me pesa la tardanza de los otros, ella me proporciona nueva ocasion de preguntaros si estais bien decidido. Miradlo bien, no quiero que digais que os he alucinado; si habeis cambiado de parecer, aun estais á tiempo de retiraros. Os creo hombre de bien, leal y sigiloso!

Santival. Y por qué habia de mudar de parecer de ayer á hoy? Tuve la dicha de encontraros hará cosa de un mes, cuando estaba aun recién venido de mi provincia. (*Aparte.*) De donde he sacado mas pedradas que dinero. (*Alto.*) Os salvé de una buena á costa de algunos golpes; acabado aquello os dije mi nombre, Jacobo Picot; mi oficio, tejedor sin trabajo. Mostrasteis ganas de examinar mis papeles para saber si lo que os decia era verdad y los visteis. (*Sacando unos papeles del bolsillo.*) Quereis examinarlos otra vez?

Carlos. (*Separándole la mano.*) No, ya sé que puedo fiarme de vos.

Santival. Pues siendo así, por qué suponeis que yo habia de estar aun indeciso? Me dijisteis que el pueblo conspiraba en silencio contra los monopolistas, cosa que yo ni aun recelaba siquiera, y que entretanto que se presentaba la ocasion que aguardábais dentro de poco, os reuniais para concertar vuestros planes, y me propusisteis ser de los vuestros; os contesté, que con mil amores. Me invitásteis á que viniera aqui esta noche y... he venido... ¿qué es lo que hay que hacer? Ya veis que estoy resuelto.

Carlos. Escelente hombre! Y no os arredrará el temor de comprometer á vuestra familia?

Santival. Familia! No la tengo. (*Aparte.*) Ojalá haya cargado el diablo con el avaro de mi tío que acaba de desheredarme al tiempo de morir.

Carlos. Y vuestra conciencia?

Santival. Mi conciencia! Vale bien poca cosa.

Carlos. Es decir que estais decidido á arriesgarlo todo?

Santival. Todo... No tengo nada que perder.

Carlos. La desesperacion hace á veces mas que el valor. Cuento con vos, Jacobo: vais á saberlo todo. (*Abre la puerta.*) Boirel.

ESCENA VIII.

Dichos. BOIREL.—*Gente del pueblo.*

Salen por la puerta secreta y miran con desconfianza á Santival.

Carlos. (*Señalando á Santival.*) Podeis hablar delante de él. (*A Boirel.*) Es el hombre que te dije. (*Boirel y los del pueblo hacen una seña de aprobacion.*)

Boirel. Aqui teneis todos los gefes de los trabajadores de este arrabal; al rededor de esta casa he dejado rondando algunos centenares de hombres que acudirán á la menor seña. Dentro de media hora se habrá duplicado ya el número de los nuestros.

Carlos. (*A los del pueblo, alargándoles la mano.*) Compañeros, sed bien venidos en esta casa; hoy mas que nunca necesitamos reunir todas nuestras fuerzas para descargar un golpe terrible y mortal sobre esos infames que trafican con vuestro sustento, y á acabar con ellos de una vez.

Un hombre. Hablad; qué hemos de hacer? Prontos estamos. La mayor parte de nosotros ha visto desaparecer con el día su último recurso. Si nuestra suerte no ha variado esta noche, mañana pereceremos de hambre.

Carlos. Escuchad, amigos míos; si para alcanzar el triunfo de la razon y de nuestros derechos tenemos que recurrir á la fuerza, no olvidéis que el fin de

nuestra arriesgada tentativa está en la sala del parlamento, y que no debemos trazar el camino que allí nos conduzca, con ningun esceso, con ningun crimen, con ninguna violencia; sino obligar á nuestros enemigos que en el dia se ven triunfantes á que comparezcan ante la barra del tribunal. Mi plan es este; oid: creo que ninguno de vosotros se habrá dejado engañar por mi fingida traicion. (*Santival hace un movimiento y escucha desde este instante con mas atencion.*) He gastado el año que acaba de transcurrir en proporcionarme pruebas del infame tráfico que ha desolado á la Francia; pero estas pruebas serian insuficientes si no hubiese habido á las manos hace pocas horas, la mayor y la mas importante de todas, el contrato mismo que vosotros llamais *Pacto del hambre!*.... (*Los del pueblo hacen un movimiento.*)

Santival. (*De repente.*) El Pacto del hambre! es imposible.

Carlos. (*Sin advertir en su agitacion.*) No es verdad que es un precioso hallazgo! una conquista magnífica é inapreciable! Pues sabedlo, amigos, el contrato está en mi poder, en parage seguro: ya veis que el triunfo de nuestra causa es cierto: solo se trata ahora de saber aprovecharnos de la victoria.

Santival. Hola! hola! esto se va poniendo serio.

Carlos. Malisset acaba de salir de aqui; me ha convidado á una espléndida cena que da esta noche en su casa de recreo del arrabal de Roule; es una funcion cuyos gastos deben cubrirse con lo que dé de sí una nueva subida del pan: todos los logreros están invitados; yo en persona, pasaré á hacerles los honores de la cena con doscientos hombres que estarán escondidos hasta que llegue la hora. Boirel, tú capitanearás á esos hombres; tú (*A Santival.*) nos acompañarás tambien, Picot; has dado ya una prueba de tu decision y mereces el puesto mas arriesgado.

Santival. Sí, sí, contad conmigo. (*Aparte.*) Bien mirado, esto se va poniendo muy malo para los señores asentistas.

Carlos. (*A los demas.*) Para que no quede duda alguna acerca de la justicia de nuestra causa, es necesari-

rio que todos los libros y papeles concernientes á su monopolio caigan en nuestro poder. Vosotros, amigos míos, buscareis á los demas y os dividireis en cuatro partidas iguales para que cada una se deje caer al propio tiempo y separadamente sobre las oficinas de los monopolistas; tú, Monnier acudirás á casa de Malisset en el arrabal de San Lorenzo; tú, Roberto, á casa de Rousseau, en la calle de Borbon; tú, Jorge, á la de Lerey de Chaumont en la plazuela de Nuestra Señora de las Victorias.

Boirel. No, ese puesto le reclamo yo.

Carlos. Exijo de vosotros juramento de que no atentaréis contra la vida de esos hombres y de que respetareis sus bienes y familia; lo que necesitamos son las pruebas de sus crímenes y eso es solo lo que quiero. (*Silencio del pueblo.*) Hacedme ese juramento, ó todo ha concluido.

Un hombre. Nos han respetado acaso ellos á nosotros?

Carlos. Dejad su castigo á cargo del Parlamento; la mejor venganza, despues de la victoria, es mostrar clemencia con los vencidos. Prometeis hacerlo así?

Todos. Sí, lo prometemos.

Santival. (Aparte.) No hay remedio para ellos... Bien empleado le está á Malisset, que tan mal se ha portado conmigo.

Carlos. (Sacando su reloj.) Son las nueve; es necesario que á la última campanada de las once acuda cada partida al punto designado. Si conseguimos el triunfo, mañana tendreis pan, vosotros, vuestras familias y la Francia entera. A vuestros puestos, amigos... Yo voy á casa de Malisset. Hasta las once!

Boirel y Pueblo. Hasta las once! (*Vanse todos por la puertecilla secreta excepto Santival.*)

ESCENA IX.

CARLOS. SANTIVAL.

Carlos. (Se queda un momento pensativo sin advertir en Santival; en seguida se dirige de pronto hácia el foro y coge su capa.) Acometer tan árdua empresa!.. arriesgar la vida sin ver á Luisa, á pesar de

la promesa que la hice!.. Oh! no!.. (*Da algunos pasos hácia el cuarto de Luisa.*)

Santival. (Aparte.) Ah! está casado!.. Mal estado es para conspirador.

Carlos. Sin embargo, conozco que su vista me haria perder tal vez mi valor; no, dejémosla... está durmiendo y no me echará de menos. Vamos. (*Al tiempo de volverse para salir se encuentra cara á cara con Santival.*)

Santival. Bien por Dios, mi dueño, bien por Dios! Habeis hecho vuestro papel á las mil maravillas, y no es poco que yo lo confiese, porque soy inteligente en la materia.

Carlos. Aun estais aqui, Jacobo!

Santival. Aqui ya no hay ni Jacobo ni Picot; el que teneis delante es el caballero de Santival.

Carlos. Santival?.. ese nombre... esplicaos.

Santival. Escuchad. Yo tengo noticia de cierto sugeto que ha venido aqui á venderos; se ha presentado bajo un disfraz para espiaros y dar cuenta de vuestra conducta á vuestros enemigos; os habeis confiado á él abiertamente, y el tal hombre puede echar por el suelo todos vuestros planes.

Carlos. Acabad.

Santival. Pero, por fortuna vuestra, ese hombre ha conocido que sabiais manejar las cosas con mas talento que vuestros adversarios, y que teneis mas probabilidades de ganar la partida; ahora bien, como en el caso en que se halla, se encuentra con derecho de eleccion, ha decidido pasarse á vuestro partido y probar suerte con vos. Tal vez el empleo con que ha entrado en vuestra casa sirva de obstáculo para que le admitais entre los vuestros; pero sabed que está harto de su oficio, ó por mejor decir su oficio está harto de él; que há ya tiempo que echa de menos su independenciam, y que quiere aprovecharse de esta ocasion para volver á adquirirla con alguna ventaja. Inútil creo deciros que ese hombre soy yo; en dos palabras; me admitís, sí ó no?.. respondió.

Carlos. Que os admita?.. y quién me prueba que no me vendereis, como habeis vendido á los otros?

Santival. Mi palabra, que jamas he querido dar á Ma-

lisset; porque si no soy hombre honrado del todo... soy del todo caballero.

Carlos. Pero no advertís que será para mí mas provechoso desbacerme ahora mismo de un desertor de mis enemigos, que mañana podrá serlo igualmente mio? Quién me lo impediría?

Santival. Esto. (*Poniéndole dos pistolas al pecho.*) Oh! soy hombre que vivo prevenido, aunque esté entre amigos. Nada he dicho hasta ahora á Malisset; si guardo silencio, y si os ayudó, sobre todo vuestra tentativa logrará un feliz éxito; el pueblo tendrá pan y, lo que vale mas que eso todavia, no correrá por cuenta del estado el suministrársle á vos durante lo que os queda de vida. Si os venis haciendo el dificultoso conmigo, os dejo muerto, ó en estado de que vayáis á podriros á la Bastilla... Con que asi, escoged.

Carlos. (*Aparte.*) Comprometer una tan noble causa, admitiendo á este hombre entre sus defensores! Oh!.. pero todo es preferible á granjear un enemigo mas al pueblo. (*A Santival.*) Y qué garantías me ofrecéis en caso de que acepte?

Santival. Qué garantías? Pues, decid: ¿quién me obligaba á revelaros mi nombre, si hubiese querido delataros? Ha sido vuestra vigilancia la que ha descubierto por ventura quién yo era? No habeis venido vos mismo á poneros en mis manos? Qué interes tenia yo en ponerme en las vuestras? Pues solo por mi propia voluntad quiero seguir vuestra suerte, es señal de que podeis contar conmigo. Qué diablos, hombre! creed en mi palabra, como yo creo en la vuestra; entre conspiradores bien criados es lo menos que puede hacerse. Teneis mi vida en vuestras manos y mi propio interes debe ser para vos mi mejor fiador... Os parece poco?... ahí teneis mis armas... las quereis?..

Carlos. (*Despues de un momento de indecision.*) Si... A ser mi vida la única comprometida, me desdeñaría de andar con tantas precauciones... pero estoy encargado de la salvacion de todo un pueblo; y para cumplir debidamente con tan difícil encargo, no debo mirar con desprecio el menor inconvenien-

te. Cuento con vos... Contad vos con una buena recompensa.

Santival. Ya se ve que cuento. (*Aparte.*) El pueblo entrará á saqueo en las casas, y yo sé donde está escondido cierto arcon que pudiera servir de contrapeso al tesoro real... Aprovecharemos la ocasion. (*Alto.*) Con que es decir que estamos corrientes? Ven-ga acá esa mano. (*Alarga la mano á Carlos y este se retira.*) Ah!.. tambien teneis preocupaciones. (*Aparte y con indiferencia.*) Le habrán vuelto desde que cogió las pistolas... En fin, no es cosa de incomodarse por eso... si lo he hecho no ha sido por él...

Carlos. (*Aparte.*) No he de perderle de vista un solo instante. (*Alto.*) Partamos; tal vez nos esten ya esperando.

Santival. Vamos. (*Carlos se detiene aterrado al tiempo de salir viendo abrir el cuarto de Luisa.*)

ESCENA X.

Dichos. LUISA pálida y vestida de blanco con una luz en la mano.

Carlos. Gran Dios, mi muger!.. no nos ha visto; el delirio se ha apoderado de ella sin duda.

Santival. (*Haciendo por ver el rostro á Luisa.*) Su muger! Oiga? La aventura es chistosa! Veamos si es bonita al menos. (*La mira.*)

Carlos. Cómo despertarla sin que tenga funestas resultas?..

Luisa. (*Acercándose paso á paso hácia el secreto de la pared y deteniéndose delante del sitio en donde estan escondidos los papeles.—En voz baja.*) Los papeles estan allí... Es perdido si los descubren... le matarian!.. Pero no, no se los quitarán... yo cuidaré de que no los descubran.

Santival. (*Aparte reconociéndola.*) Es ilusion lo que veo?.. Esa voz... Luisa!.. Y este hombre es su marido!.. mi rival!.. el que he buscado tanto tiempo inútilmente!

Carlos. No me atrevo á sacarla de ese delirio al tiempo de marcharme.

Santival. (Idem.) Qué hermosa está á pesar de su palidez!... Ah! y ha de quedar impune el hombre por quien ella me despreció!

Luisa. Dios mio! Quería marcharse!.. Quería perderse y perdernos... muriendo él no podría yo sobrevivirle.

Santival. (Aparte con rabia.) Le ama! le ama con delirio!

Luisa. Pero no... no... se quedará... me lo ha prometido... vivirá para nosotros.

Carlos. Qué haré? La hora se acerca, el pueblo me espera. (*A una criada que aparece á la puerta!* Ah! no os apartéis de ella un instante, y aguardad á que se despierte. Partamos, Santival.

Luisa. (Arrodillándose.) Dios mio! yo te doy gracias; le has salvado.

Santival. (Aparte al salir.) Le has perdido. (*Cae el telon.*)



ACTO TERCERO.

Una habitacion interior de la casa de recreo de Malisset. Puerta grande al fóro y otras dos mas pequeñas á derecha é izquierda de aquella; la una comunica con los jardines: ventana á la derecha que cae al jardín; otra á la izquierda que da al campo: muebles antiguos pero de lujo, pinturas al fresco de Watteau, cuadros de Vanloo.

ESCENA PRIMERA.

MALISSET. LEREY. PERRUCHOT. ROUSSEAU. AURORA. MARIANA.

(Las mugeres aparecen sentadas en un canape y hablan en voz baja. Lerey en pie detras de ellas conversa con Aurora. En el lado opuesto juegan al ajedrez Perruchot y Rousseau; Malisset va y viene.)

Rousseau. Repito que habeis hecho mal, Malisset... El tal Carlos Beaumont no es hombre seguro, y la confianza que de él haceis nos va á perder el mejor dia. Sartine me ha contado ciertas cosas...

Malisset. Pues yo os digo, amigo Rousseau, que el superintendente de policia no sabe mas medio de sacarnos el dinero que inventando patrañas sobre todos los que nos rodean. No teneis sobradas pruebas de que há ya mas de un año que Beaumont ha renunciado á hacernos la guerra? Es un hombre de talento y comprendió que el papel que estaba haciendo hasta hace poco era el de tonto. Verdad es que nos ha hecho valer su conversion y que hasta que se ha decidido nos ha estado atormentando con palabrotas de filantropia y desinteres. Pero hombre... él habrá tenido sus razones para hacerlo asi. Tal vez habrá sido para venderse mas caro... Sabrá tan bien como

vos que nada cuesta tanto en el día como una conciencia incorruptible, y que un alma imparcial es cosa que anda por las nubes. Además que ya se halla tan comprometido como el primero y la plebe no le daría maldito el crédito si se le ocurriese la idea de hacernos traición; no ha muchos días que le quisieron matar por lo mismo tres ó cuatro canallas que le llamaban apóstata... Vaya... vaya... dejaos de eso... ya no puede retroceder. (*Riendo.*) Astuto ha de ser el que me la pegue á mí... Soy mas pillo que todos ellos...

Lerey. (*Alto.*) Sí sobre todo para hacer contratas. (*Bajo á Aurora.*) No es verdad que es un buen hombre!

Aurora. Oh! un infeliz!

Mariana. Poco galante estais esta noche, señor de Lerey: aun no me habeis dirigido la palabra.

Lerey. (*A Aurora bajo.*) Por miedo de que me cojas por tu cuenta... (*Alto.*) Hija mia, los que bien se quieren, no deben demostrarlo en reunion.

Rousseau. (*Levantándose.*) Eh! otra partida! El diablo cargue con vos, y me devuelva los cincuenta luises que me habeis ganado en menos de diez minutos. (*A Malisset.*) Vos sois la culpa de mis azares esta noche, Malisset... la desconfianza que tengo en ese Carlos de Beaumont me trae vuelta la cabeza. No puedo atravesar á ese hombre que ha escrito folletos contra nosotros, y que se encarnizó con el pobre contratista Turgot en una famosa memoria...

Malisset. (*Interrumpiéndole de repente.*) Que no llegó á ver la luz pública porque la hizo antes pedazos. En verdad, Rousseau que no he visto consejero mas pacato ni testarudo que vos!... cómo os he de decir que Beaumont se ha vuelto tan hombre de bien como vos, como yo, cómo nosotros todos? En fin esta noche misma acabareis de convenceros cuando él venga. Habeis logrado por vuestros eternos clamores que le haga espíar por Santival, hombre capaz de olfatear un compló á mil leguas á la redonda y aun no estais contento? Cuando Santival no nos ha dicho nada todavía, es señal de que nada ha descubierto y nada hay que recelar.

Lerey. Malisset dice bien: el tal Beaumont era un can-

cerbero que no se dejaba sujetar y ha sido mejor engolosinarle con una buena ganancia, aunque des- pues le tratemos á puntapiés.

Rousseau. Sí, porque no era cosa de darle lo que le hemos prometido...

Malisset. Hola! ya respirais por la herida. Este pobre consejero teme siempre no tener bastante!.. No hay que asustarse, amigo Rousseau... este mes nos toca repartir un millon y treinta mil libras...

Rousseau. Treinta y dos mil libras y cuatro sueldos es el pico segun mi cuenta; pero si de eso tenemos que repartir con ese abogadillo...

Aurora. Mucha, señores, mucha, por haber hablado de millones esta noche antes de cenar, faltando á vuestra promesa. Cómo se entiende!.. hablar de esas bagatelas estando nosotras delante! En castigo vais á regalarnos á cada una unas arraeadas de brillantes... como los que os enseñé el otro dia, Malisset.

Mariana. Si eso es.

Malisset. Nada mas justo; me obligo á ello... cuando gusteis podeis enviar por las que mas os agraden.

Lerey. Pues mandad que aparten para mí otras iguales, Malisset... ya ajustaremos cuentas.

Rousseau. Sí, lo mismo digo yo. (*Aparte.*) No quiero que me las den falsas.

Malisset. Señores, si os parece, en tanto que preparan la cena podemos bajar á ver el jardin que he mandado iluminar. (*A los criados que aparecen al foro.*) Si viniesen á preguntar por eualquiera de nosotros, que aguarden... no dejeis pasar á nadie sea el que fuere... no tenemos ganas de ocuparnos de negocios. (*Vanse todos. Malisset cierra tras sí la puerta del jardin.*)

ESCENA II.

(*El teatro queda solo un momento. Las puertas estarán cerradas. Abrese á poco rato la de la derecha y aparece Santival pálido y con los vestidos desordenados.*)

Santival. Logré escapar de sus manos... pero me sigue de cerca. Por fortuna no me ha acertado el tiro que

me disparó.. No hay nadie! (*Abre la puerta de en-medio y encuentra un criado.*) Donde está M. Malisset? necesito verle al instante.

Criado. No puede ser; ha prohibido espresamente que pase nadie; ni aun puedo deciros donde se halla; la puerta del jardin está cerrada y solo él tiene llave para abrirla.

Santival. Oh! yo me haré paso hasta él. (*Escribe cuatro letras con un lapiz.*) Lleva en el acto este aviso á casa del superintendente de policia.

Criado. Pero señor, estoy casi solo y sin orden de mi amo no me atrevo...

Santival. No importa, corre; de no hacerlo comprometes la vida de tu amo; date prisa, vuela. (*Vase el criado.*) Qué fatalidad! Ni un criado con quien prevenirle! La estúpida confianza de Malisset vá á ser causa de su perdicion! Ah! aun cuando tenga que hacer astillas esta puerta... (*Intenta desvencijar la puerta del jardin.*) Imposible!.. Esta ventana tal vez... llamaré, daré voces, saltaré por ella si es preciso.

ESCENA III.

Al tiempo que vá á saltar por la ventana al jardin, aparece en ella CARLOS y arrastra á SANTIVAL por el brazo hasta el proscenio.

Carlos. Tú aqui... miserable! oh! bien me lo temia yo.

Santival. Temias mal, porque cuando me presenté á tí te hablaba de buena fé, Carlos de Beaumont... pero ahora te aborrezco... porque tu eres la causa de todas las desgracias de mi vida, tú eres el hombre á quien he buscado tanto tiempo inútilmente: sí, he querido perderte y sin duda he hecho mal pues tú triunfas: haz de mí lo que quieras... quitame la vida... pero advierte que tal vez me sobrevivirá mi venganza... Qué decides?

Carlos. Escucha, esta casa está cercada por los mios... El criado que tú enviabas al superintendente de policia ha caido en sus manos. Signeme... te dejaré en su poder... y salvarás tu vida. Pero si das un solo grito, si haces la menor señal á la gente de esta casa...

entonces... la detonacion que causará tu muerte servirá de señal á mis amigos; ya ves que no te queda ningun recurso contra mí. Sígueme pues, miserable!

Santival. Oh insensato!...

Carlos. (*Apuntándole.*) Me sigues?

Santival. (*Aparte.*) Los muertos nunca tuvieron razon, no pueden vengarse... (*Alto.*) Te sigo.

Carlos. (*Tirándole de él.*) Pronto!

ESCENA IV.

MALISSET. *Sale por la puertecita.*

No hay nadie!... Pero señor, que diablos queria decirme ese criado haciéndome señas por la ventana. (*Remedándole.*) No parece sino que estaba declamando. Es bueno que ni aun pasear á estas horas le han de dejar á uno. Hola! van á dar las diez y media. (*Reparando en los criados que traen una mesa aderezada.*) Ah! ahora caigo... Sin duda me hacia seña de que ya estaba pronta la cena, y debiamos darnos prisa á snbir. (*Viendo entrar á Carlos de Beaumont.*) Oh! sois vos, querido Beaumont, llegais al mejor tiempo, aqui vienen todos.

ESCENA V.

MALISSET. LEREY. CARLOS. ROUSSEAU. MARIANA. AURORA. PER-
RUCHOT.—*Dos ó tres asentistas. Señoras.*

Malisset. Aqui teneis, señores, al terrible filósofo que ha renunciado á hacernos la guerra, dando de ese modo una nueva prueba de talento.... Es de los nuestros... Os le traigo mas humilde que una oveja, y os le presento como la mejor conquista que hemos hecho.

Aurora. No es mala figura el filósofo.

Carlos. (*Aparte, y echando al soslayo una mirada al relox.*) Las diez y media! Tengamos paciencia algunos minutos, ya que la hemos tenido tantos años.

Rousseau. Pues segun me han dicho, este caballero nos juró hace tiempo guerra á muerte!

Carlos. Sí, pero en el día ya no juro... los consejeros han desacreditado enteramente los juramentos.

Lerey. Bravo! bien aplicado!... amigo Rosseau!

Rousseau. Caballero...

Carlos. Ah! El señor es consejero tal vez... Perdonad... ignoraba...

Lerey. Dejaos de eso, Beaumont, ni el señor, ni vos podeis picaros por lo que el uno diga al otro... Además que solo las verdades ofenden.

Carlos. Dios me libre de ofenderos entonces; señor mio.

Lerey. Cómo?...

Malisset. Vamos, vamos, á la mesa, señores; basta ya de agudezas.

Carlos. Si vos tomáis cartas en el asunto seguramente que cesarán, señor de Malisset.

Malisset. Eso es, me gusta que tengais hácia mí alguna deferencia. Señores, ya que estamos solos, voy á daros una noticia que os abrirá el apetito: mañana se hará un ligero aumento en el precio del pan, lo cual nos promete algunos miles de libras mas en la parte que cada enal debe tomar el mes que viene. Con que así, comed y bebed sin miedo... el pueblo paga.

Lerey. Señores, propongo un brindis antes de empezar, á la salud del escelente y cándido pueblo de Paris!

Todos. A la salud del pueblo de Paris! (*Dan las once.*)

Carlos. (*Levantándose y estrellando la copa contra el suelo.*) El pueblo de Paris vendrá á brindar por sí solo y en vuestras mismas copas, señores. (*Acércase á la ventana.—Asombro general.*)

Malisset. Qué es esto? qué haceis, señor de Beaumont?

Carlos. (*Con voz atronadora.*) Me levanto de esa mesa porque ese vino está mezclado con lágrimas, porque el choque de vuestras copas no me impide oír las maldiciones de un millon de familias que piden pan... porque sois unos infames y ese relox que acaba de sonar, es para vosotros la campana de la Greve....

Lerey. Este hombre está demente!

Carlos. Los que habeis estado dementes habeis sido vosotros, pues me creíais cómplice vuestro! (*Ruido dentro como de puertas que vienen al suelo. Las mu-*

geres se levantan despavoridas y quieren huir.)

Malisset. Huyamos! huyamos! (*Se precipita hácia la puerta.*)

Lerey. (*Sacando la espada.*) Defendámonos!

Carlos. (*Sacando la suya y colocándose en el foro.*)

Nadie saldrá de aquí hasta que el pueblo haya entrado...

Malisset. Ah! somos perdidos!... yo voy á ser asesinado el primero...

Carlos. Ni una gota de vuestra sangre ha de correr!... morir lidiando vosotros!.. morir asesinados como mártires!... nó!... nó! Vuestra muerte ha de ser lenta, solemne, ignominiosa, cual la merecen vuestros crímenes; ha de ser un castigo y no una venganza! No hayais miedo, señores monopolistas de las rentas públicas... ha llegado la hora del pueblo y os juro que no escaseará con vosotros cadenas en sus presidios, ni cadalsos en sus plazas públicas. (*Oyese el ruido del pueblo que violenta las puertas interiores.*) Por aquí, amigos, por aquí... (*El pueblo sale en tropel por todas las puertas.*)

ESCENA VI.

Dichos. BOIREL. *Gente del pueblo.*

Admiracion de los del pueblo al ver tantas riquezas.

Carlos. Acercaos, amigos, acercaos; vuestra grande obra empieza bien... Mirad, este es Perruchot, director general de hacienda... un miserable que tenia contratada el hambre de las provincias de Normandía, Berry, Anjou, Bretaña, por cuyo medio se ha hecho millonario, y que como todos los que piensan vender á su patria, ha colocado inmensos capitales en los bancos de Londres y Milan. Este otro es el consejero Rousseau que ha tomado por tiempo limitado el arriendo de la miseria en la Borgoña, Bria, y Champaña; este es Lerey de Chaumont que con su blason deshonorado intenta cubrir el libro de asiento de sus monopolios... aquel es Goujet, director cajero de la infernal empresa, que se vanagloriaba de

ser el que mas dinero hacia sudar al pueblo.... y en fin, ese que está de rodillas, trémulo y amarillo, es el infame Malisset, el ex-panadero de la calle de Baudrier que empezó por vender el pan falto de peso, y acabó por arrebatársele de la boca á sus hermanos: Malisset, el primer signatario, el agente responsable, el inventor del *Pacto del hambre*... Os prometí hacerlos caer á todos en vuestro poder... Contad!... ahí los teneis!...

Voces entre los del pueblo. Mueran!... mueran!

Carlos. Olvidais vuestro juramento! Respetad la vida y los bienes de esos hombres!... Si os acosa el hambre, justo es que tomeis parte en un banquete dispuesto á vuestra costa... Sentaos á esa mesa, los señores os convidan... (*El pueblo retrocede haciendo un movimiento de horror. Entretanto se habrá acercado uno á Boirel y le habrá hablado en voz baja.*)

Boirel. (*Bajo á Carlos.*) Beaumont, el hombre que nos habeis entregado y á quien nos habeis prohibido dar muerte ha desaparecido entre el tumulto... sin duda ha corrido á dar parte.... las calles están llenas de patrullas... nos han vendido.

Carlos. No importa... tengo pruebas.

Lerey. (*Que se habia acercado á la ventana.*) Señores, ya vienen á nuestro socorro, veo soldados en el jardín... Temblad ahora!... Ese pacto de que nos acrimináis es una vil ficcion de nuestros enemigos y el parlamento nos hará justicia de vuestro insolente atentado.

ESCENA VII.

Dichos. UN COMISARIO. Soldados.

Comisario. Señor de Beaumont, estais acusado de haber concitado una sedicion á mano armada, contra los empleados superiores de rentas. El aviso ha llegado á tiempo para estorbar que los revoltosos se apoderasen de varios documentos importantes; se han hecho muchas prisiones... vuestra casa ha sido allanada..

Boirel. Gran Dios!

Carlos. (*A Boirel.*) No temas, es imposible que descubran los papeles. (*Alto.*) Señor comisario, si vos no

hubieseis venido os hubiera enviado á llamar yo. Tomo sobre mí solo la responsabilidad de este suceso y declaro que son inocentes todos los que me acompañan, pues no han hecho mas que obedecer... Acuso solemnemente ante el parlamento á los logreros que tenéis delante del crimen de lesa magestad divina y humana... Presentaré pruebas de lo que digo... Tengo en mi poder una copia autentica del Pacto del hambre fecho en 28 de agosto de 1765.

Malisset. (A Leroy.) Somos perdidos! El parlamento no puede absolvernos! nuestros mismos amigos nos lo previnieron de antemano.

El comisario. Está bien... pero entretanto tengo orden de arrestaros... dadme vuestra espada. (*Carlos le da la espada.*)

ESCENA VIII.

Dichos. LUISA que atraviesa sin ser vista por enmedio de los soldados.

Luisa. (Acercándose á Carlos y en voz baja.) Carlos, he sabido que venian á prenderte, y he acudido corriendo... no temas... todo lo habia previsto, y puedes negarlo todo... los papeles que te hubieran comprometido no existen ya... los he quemado!

Carlos. (Aterrado) Qué papeles?...

Luisa. Los que escondias con tanto misterio en el secreto de tu despacho dentro de una cajita.

Carlos. Infeliz!... Ah! es imposible que hayas hecho eso!

Luisa. Era preciso... la tropa queria registrar la casa... y ademas esta carta escrita con lapiz, me prevenia...

Carlos. Qué carta?... de quién?

Luisa. De ese Jacobo Picot que te salvó la vida.

Carlos. Oh! Santival! Santival! (*Arrebata la carta á Luisa y lee.*) « Quemad todos los papeles de vuestro esposo, ó está perdido sin remedio... Vamos. (*Con una rabia concentrada.*) Todo se acabó.

Malisset. Nos hemos salvado.

Luisa. Carlos, pero qué es lo que he hecho?

Carlos. Nada!... nada!... me has perdido!... has salvado á los asesinos de tu madre.

Luisa. Dios mio!

Boirel. Y hemos de consentir que le arrastren á una prision, compañeros?... (*Movimiento de los del pueblo.*)

Carlos. (*A los del pueblo.*) La resistencia seria inútil, amigos. (*Al comisario.*) Teniais razon, caballero; soy un miserable sedicioso, y todos estos señores unos hombres de bien... los he calumniado. (*Se sonrie con amargura.*) Vamos... caballeros; he perdido la partida.

Luisa. Carlos, no me separo de tí... Dejadle, dejadle por piedad.

Carlos. Adios para siempre Luisa... adios.

Luisa. No, Dios no permitirá que yo sea la causa de tu perdicion. Oh! no esperéis arrebátarme por mucho tiempo; iré á echarme á los pies del rey y abrazaré sus rodillas... no, es imposible que él permita que tu cautividad dure un solo dia...

Malisset. (*Alzando la voz.*) Durará... mientras dure la Bastilla.

Boirel. (*Echando una mirada á sus amigos.*) Entonces puede que no sea mucho! (*Los soldados se llevan á Beaumont. Luisa llora apoyada la cabeza sobre el hombro de Boirel y rodeada del pueblo. Los logreros salen con gran bullicio y dando muestras de contento.—Cae el telon.*)



ACTO CUARTO.

(14 de julio de 1789.)

Una sala baja de la Bastilla.—Ventana y puertas laterales.

ESCENA PRIMERA.

SANTIVAL *con traje militar brillante y de lujo. Es teniente rey de la Bastilla.* ROBERTO, *llavero.*

Santival. Con que es decir que sigue el alboroto en los arrabales?

Roberto. Sí señor, y hay quien dice que el pueblo va á venir á tomar la Bastilla.

Santival. Si... si no lo estubo yo antes haciendo prender al gefe de la conspiracion... Marcelo me ha prometido hacerle caer en mis manos... Avisadme en cuanto llegue.

Roberto. Está bien, señor teniente rey. (*Hace que se vá.*)

Santival. (*Escribiendo y entregándole despues varios pliegos.*) Mandad que lleven inmediatamente este pliego á M. Defresne, superintendente de policia; este otro al señor administrador general de hacienda. Aguardad, que no es eso todo. (*Saca del bolsillo otro pliego sellado.*) Tomad esta órden que he estendido en cuanto se tuvo la primer noticia de la asonada.... Esta órden... (*Reflexionando y aparte.*) No, no tengo bastante confianza en él, y no estaria tranquilo en el caso de que nuestros enemigos triunfasen.

Roberto. Qué teniais que mandarme?

Santival. Nada, nada, he mudado de parecer... Aguardaré... Podeis retiraros. (*Vuelve á guardarse el pliego. Vase Roberto.*)

ESCENA II.

SANTIVAL.

Es decir que el populacho de los arrabales empieza á

alborotarse? Ya se vé, tienen hambre. En rigor, no nos podemos quejar de su paciencia. El Pacto del hambre empezó, según me han dicho, en 1741 y estamos en 1789; en tan largo tiempo solo ha habido que reprimir la descabellada tentativa del fanático Carlos de Beaumont, y la ridícula guerra que dieron en llamar guerra de las harinas. Oh! no hay que temer. (*Reflexionando.*) El medio mejor de sacar al superintendente de policía los quinientos luisés que perdí anoche, sería poner en sus manos... Ah! cuánto tarda en venir Marcelo... Me remuerde la conciencia por haber hecho confianza de ese joven que sirve en guardias; pero ha mostrado tan grandes disposiciones en el poco tiempo que hace que viene á la Bastilla... Ah! ya está aquí, gracias al diablo...

ESCENA II.

MARCELO. SANTIVAL.

Santival. Oh! venid acá, caro discípulo... os aguardaba con impaciencia... Vamos; habeis descubierto algo?

Marcelo. He adelantado mucho en poco tiempo.

Santival. Por qué se ha alborotado el pueblo?

Marcelo. Por el pacto del hambre.

Santival. Siempre la misma canción... Ya me lo figuraba yo... y conoceis al jefe del motin?

Marcelo. Le conozco.

Santival. Es posible? Le conoceis? Decidme su nombre... su nombre. (*Aparte.*) Oh! ya tengo seguros los quinientos luisés...

Marcelo. Poco á poco... Noticias como esta valen caras...

Santival. Entiendo: tendreis vuestra parte en la recompensa que espero de ese poder misterioso, mas rey que el mismo rey, que me tiene empleado aquí como agente suyo y que con solo levantar el puente de la Bastilla es mas poderoso que el gobierno.

Marcelo. Si... ya sé que cuando llegue el día tendremos que arreglar cuentas juntos; pero lo que á mí

me tienta no es el dinero; si procedo asi es por conviccion propia.

Santival. Ah! Con que por conviccion os habeis hecho...

En fin, no es malo que haya vocaciones para todos los oficios... Pero qué es lo que deseais entonces?..

Marcelo. Unicamente que me respondais con franqueza á la pregunta que voy á haceros.

Santival. (*Aparte.*) La prevencion basta para que le mienta mejor que antes. (*Alto.*) Hablad, amigo mio...

Marcelo. Oh! todo ello se reduce á un poco de curiosidad... No hay en la Bastilla mas presos que los que me habeis enseñado en varias ocasiones?

Santival. (*Aparte.*) Adonde irá á parar? (*Alto.*) No hay mas... amado Marcelo... los únicos que hay los habeis visto; y puedo yo saber ahora con qué objeto me habeis hecho esa pregunta?

Marcelo. Con el de acabar de llevar á efecto una venganza terrible.. Ya está casi satisfecha... pero si no hay en la Bastilla mas presos que los que he visto, no quiero volver á ocuparme mas de ese asunto.

Santival. (*Aparte.*) Ya está casi satisfecha su venganza!.. Qué demonios quiere decir con eso?.. Si él que piensa delatarme... será... (*Alto.*) Yo he contestado á todas vuestras preguntas, y por consiguiente me asiste el derecho de interrogaros tambien... Cómo se llama ese hombre que ha incitado al pueblo á que se subleve?..

Marcelo. Ese hombre... se llama Julio de Beaumont... Es hijo de Carlos de Beaumont... y se ha propuesto continuar la obra de su padre.

Santival. Con que es él?.. Y estais seguro de ello? Podeis comprometeros á ponerle en nuestras manos?

Marcelo. No es empresa fácil... pero quiero cumplir á todo trance lo que me he propuesto.

Santival. (*Aparte.*) Mis sospechas eran ciertas. (*Alto.*) Decid: no es ese deseo de venganza de que hablasteis hace poco el que os mueve á delatar á Julio de Beaumont?

Marcelo. Si, mis sentimientos hacia él son tales que ese es el único hombre que os entregaré sin remordimientos.

Santival. Y entonces por qué no os habeis apoderado de él con la ayuda del pliego que os entregué para que os presentaseis al superintendente de policía?

Marcelo. Porque Julio no está aun al alcance de nuestro poder por ahora; mas permitid que vuelva á poner en ejecucion mis planes, y os juro que hoy mismo le vereis en la Bastilla.

Santival. Bravo, así me gusta, Marcelo amigo... Vais entendiendo el oficio como un angel... y me haceis honor. (*Aparte.*) Qué necio andase en desconfiar de él!.. Será hijo de algun enemigo antiguo de Beaumont... algun cómplice de los legreros sin duda... quien sabe si habrá venido á heredar mi empleo.. Ah! la órden secreta que no me he atrevido á entregar á Roberto. (*Alto.*) Ea, marchad pues y procurad averiguar hasta la mas pequeña circunstancia acerca de ese complót; informaos de toda la vida de Julio de Beaumont. Habeis de saber, Marcelo querido, que se nos ha avisado que el pueblo piensa atacar á la Bastilla... pero todavía hay largo trecho de la Bastilla á Versalles... En caso de ataque mi empleo y graduacion me imponen el deber de acudir á la muralla... y entonces, vos que no teneis aqui destino alguno os encargareis de dar cumplimiento á una órden secreta que exige algun tiempo... Puedo contar con vos en esta ocasion como en otras tantas en que tan bien me habeis servido?

Marcelo. Del mismo modo.

Santival. Lo jurais?

Marcelo. El qué? Serviros como lo he hecho hasta aqui?

Oh! os lo juro! os lo juro solemnemente!

Santival. (*Aparte.*) Bueno es hacer jurar por si acaso; quién sabe? á veces el miedo de violar un juramento...

Marcelo. Pero... y esa órden?.. dónde esta?

Santival. Está bajo sobre y sello. Observareis el aspecto que presenta el combate, y si el pueblo vence la ejecutareis puntualmente. Si os portais como hombre de bien en este lance, sercis magnificamente recompensado... tal vez seais nombrado para cubrir mi vacante.

Marcelo. Vuestra vacante!

Santival. Si. (*Pasando la mano por los bordados.*) En estos lances el oro suele llamar al plomo... entendeis?

Marcelo. A decir verdad, la cosa no es imposible.

Santival. Si tal sucede... estareis muy bien en la Bastilla! Oh! no sabeis lo que es ser gefe... hasta festines y funciones podeis tener aqui si quereis... Con solo poner unas cuantas colgaduras en las paredes, ni el mismo diablo conoce si es esto palacio ó carcel... Los edificios son como los hombres; todo pende del modo de vestirlos; viva por lo tanto el que mejor sabe deslumbrar por su exterior. Pero no hay que perder tiempo... dentro de un par de horas romperá el dia... Daos prisa, Marcelo... Animo!

Marcelo. Sí... animo! (*Vase.*)

Santival. Qué es esto? quién viene aqui tan á deshora... Ah! es el buen Malisset.

ESCENA IV.

SANTIVAL. MALISSET *asustado.*

Santival. Vos por este sitio y á estas horas, señor de Malisset?

Malisset. Amigo, no me atrevo á salir de dia.

Santival. Y por qué es eso?.. No sois tan feo, tan feo que...

Malisset. (*De pronto.*) No, si no es por eso... Segun parece no sabeis la que se prepara? El pueblo anda alborotado por París; ha jurado dar fin de los asentistas: está frenético: no se oyen mas que gritos de mueran los ladrones!

Santival. Bien, y eso qué os importa á vos? Que griten mueran los ladrones, hasta que se cansen... vos os habeis retirado del comercio ya hace tiempo...

Malisset. Verdad es; pero ellos no se audan con distinciones entre los asentistas presentes y los futuros; ademas que yo tengo interes en que no la emprendan con nuestros sucesores, porque á fuerza de dar vueltas al asunto podrian acordarse de mí. He ahí la razon por la que he venido corriendo á noticia-ros todo lo que pasa.

Santival. Os lo agradezco en el alma, señor de Malisset...

pero cuando vos venis, ya estoy yo de vuelta; lo sé todo y conozco al gefe de la conspiracion. Es Julio de Beaumont, hijo de nuestro antiguo enemigo. (*Sonriendose.*) Ya veis, Malisset, que siempre puedo daros una leccion!

Malisset. Pues yo no veo mas que un medio de conjurar la tempestad que nos amenaza por ahora.

Santival. Cuál es?

Malisset. (*Acercándose y con mucho misterio.*) Probar al pueblo, á los soldados, al mismo Julio de Beaumont que el Pacto del hambre jamas ha existido! El único documento que podian presentar en contra nuestra fue destruido por la muger del mismo Beaumont. De ese modo recobramos nuestra buena opinion y fama en el concepto de todos.

Santival. Dificilillo es! Y qué mas?

Malisset. (*Idem.*) Decirles que ese Carlos de Beaumont, ese hombre á quien hemos hecho pasar por muerto, para que Luis XV no le perdonara existe todavia.

Santival. Qué estais diciendo? Revelar la existencia de Carlos de Beaumont! Pues no sabeis que se han agotado los recursos de la astucia humana para hacer creer aun á nuestros mismos espías que estaba muerto? No sabeis que se ha construido un calabozo estrecho y subterráneo no muy lejos de aqui, en un rincon de esta inmensa cárcel? Que para llegar hasta donde él está hay que descender por una escalera tortuosa, privada de luz y de ventilacion, abrir la primera puerta de esa escalera por medio de un resorte secreto, y por último, saber tambien el oculto artificio de la puerta de hierro que da entrada á su calabozo? Si el pueblo llegase á penetrar en la Bastilla, lo que no es posible, y descubriese el sitio donde está encerrado, lo que lo es menos todavia, no faltaria algun encargado de cumplir ciertas órdenes para que nadie encontrase á ese preso.

Malisset. Pero vos no pensais en lo que decis, amigo Santival! Ese hombre es el único recurso que nos queda para escapar con vida de las manos del pueblo! Mi cabeza y la vuestra son las primeras que van á caer si no tenemos á Beaumont que nos defienda.. Santival, pensad en vos.

Santival. Amigo, el miedo es cualidad que nunca he tenido.

Malisset. Entonces apiadaos de mí... de mí, á quien debisteis en otro tiempo vuestra felicidad.

Santival. Si, en otro tiempo... nuestra amistad trae larga fecha... demasiado larga quizás... Pero sea como quiera, no veo modo de conseguir el objeto que deseais por medio de ese Beaumont.

Malisset. No veis modo! Que salga ese hombre de su calabozo, que se presente al pueblo, ó nos entregue una declaracion explícita y terminante en que se retracte de todo lo que ha dicho y hecho sobre el negocio de los granos... No os parece ese el mejor modo de parapetarnos todos para la asonada que se ha armado bajo pretesto de vengar la muerte de Carlos de Beaumont?

Santival. Y consentirá el preso en firmar esa declaracion?...

Malisset. (Con misterio.) Probemos: la firma de ese hombre será para vos una letra de mil lises pagadera á primera vista de nuestros fondos secretos.

Santival. Mil lises!... muchos resortes pueden tocarse por ese precio. Acabais de sugerirme una idea. Pero ahora me acuerdo... el gobernador se opondrá.

Malisset. Aqui teneis su autorizacion. Daos prisa.

Santival. Su autorizacion! (*Leyendo.*) » Orden de poner en libertad al preso Carlos de Beaumont, bajo las condiciones que prescriba el señor de Malisset. Sois hombre prevenido, amado contratista... (*Dirigiéndose á una mesa y escribiendo.*) Voy á estender yo mismo la declaracion y á mandar que se la lleven al preso. Si consiente en poner su firma, será para él un salvo conducto que le volverá á los brazos de su muger y de su hijo. Pero quiero que si vuelve á presentarse delante del pueblo, le crea este apóstata y deshonorado. (*Llamando.*) Roberto.

Malisset. No... no, esa comision es demasiado delicada para confiársela á un carcelero.

Santival. Teneis razon; los carceleros no están pagados para engañar. (*Alto.*) Roberto dadme las llaves de los calabozos subterráneos.

Malisset. Os acompañaré si gustais, amigo Santival.

Santival. Habeis olvidado que los presos de la Bastilla no estan visibles mas que para sus jueces y carceleros? Ni sois lo uno ni lo otro; y corriais riesgo ademas de moriros de miedo al bajar al calabozo donde está encerrado Beaumont.

Malisset. Entonces, aqui os aguardo, porque no me atrevo á salir del castillo sin la declaracion.

Santival. Perded cuidado, haré todo lo que pueda por servir á un antiguo amigo que cada dia me da nuevas pruebas de cariño... Carlos de Beaumont firmará... si es que puede todavia. (*Vase.*)

Malisset. Cómo?... Si es que puede todavia!

ESCENA V.

MALISSET. ROBERTO.

Malisset. (*Acercándose á la ventana.*) Dios mio!... Se me figura que oigo siempre los mismos gritos de «mueran los monopolistas!» Se oye un murmullo sordo en derredor de la Bastilla... Ah! bien lo decia yo, solo ese hombre puede salvarnos. (*Reparando en Roberto.*) Tanteemos el terreno.—Con que, amigo, vos sois el carcelero encargado de vigilar al preso Carlos de Beaumont?

Roberto. Yo mismo.

Malisset. Conmigo podeis hablar sin rebozo: ya sabeis que tengo la honra de ser amigo del caballero de Santival: quiero serlo tambien vuestro. (*Le ofrece dinero.*)

Roberto. Es inútil, sois de la confianza de mi amo.

Malisset. Ah!... (*Aparte.*) es incorruptible! Tanto mejor así no me costará nada el saber lo que quiero. (*A Roberto.*) Decid, amigo, en qué se fundaba el caballero de Santival para decir que Carlos de Beaumont firmaría con tal que pudiese hacerlo todavia?...

Roberto. En el estado de debilidad del preso.

Malisset. Con qué está tan debil?

Roberto. Nada tiene de extraño... va á hacer veinte y dos años que entró en esta cárcel!

Malisset. (*Aterrado.*) Sí... sí... veinte y dos años... Con que es decir que temes?...

Roberto. Que cese de existir el mejor dia, si no le cambian de calabozo.

Malisset. Ah! con tal que le quede aun tiempo para salvarnos... y no habria medio de responder de su vida?

Roberto. Mudándole á otro calabozo donde entrase aire y luz, tal vez...

Malisset. Oh! pues es preciso darse prisa á trasladarle á otro encierro; la humanidad lo manda! Si él perece somos perdidos... Voy á decírselo á Santival... Es necesario evitar que Beaumont se nos muera tan pronto... no debemos tolerar que abuse de nuestra posicion hasta ese punto... Pero soy un necio en sobresaltarme asi;... por muy debil que esté ese hombre, la esperanza de su libertad, el deseo de abrazar á su familia le darán fuerzas para resistir: Santival es astuto y habrá sabido convencerle. Ah! aqui está ya.

ESCENA VI.

SANTIVAL. MALISSET.

Malisset. Qué hay?

Santival. Se ha negado. Me ha reconocido á pesar del estado en que se halla... ese cuerpo estenuado encierra una voluntad invencible: sus cadenas se gastan y él no.

Malisset. Ah! soy perdido!.. Vamos á ser asesinados sin piedad si el pueblo toma la Bastilla.

Santival. Tomar la Bastilla! Estais en vos, Malisset! La Bastilla y el pueblo son la serpiente y la lima.

Roberto. (*A Santival.*) El señor Marcelo acaba de entrar.

Santival. Justamente podeis ahora dormir mas tranquilo que nunca, querido Malisset; aqui tenemos un sugeto que nos responderá del feliz resultado de mis medidas.

Malisset. (*Siempre asustado.*) No no, yo no me quedo aqui: prefiero marcharme...

Santival. Ahora va á salir una partida del castillo, si quercis os servirá de escolta y se encargará de tener valor por vos.

Malisset. Os lo agradezco en el alma. Ay! Dios mio...
Ya se oyen los gritos desde aqui... No hay que perder tiempo. (*Vase.*)

ESCENA VII.

MARCELO. SANTIVAL.

Santival. Vamos, teneis buenas noticias que darme?

Marcelo. Si por cierto; tengo que deciros mas de lo que vos pensais.

Santival. Habeis visto al superintendente de policia?
Está preso ya Julio de Beaumont?

Marcelo. Todas vuestras órdenes quedan cumplidas, y dentro de algunos instantes estará en la Bastilla ese hombre.

Santival. Perfectamente, noble Marcelo... Siendo así, decidme ahora todo lo que hayais podido indagar acerca de ese Julio de Beaumont; lo que ha dicho, lo que ha hecho; en fin no me oculteis nada. (*Siéntase como para ir apuntando.*)

Marcelo. Voy á satisfaceros. Cuando Carlos de Beaumont fue preso y sepultado vivo en uno de esos calabozos que despues de muerto le habrán servido de tumba, su muger, que fue la causa de su encarcelamiento, quiso atentar contra su vida... pero se acordó de que tenia un hijo... Este hijo ha sido educado en medio de las mayores privaciones y rodeado de miseria... La madre no pudo salvar de todos sus bienes mas que un retrato de su esposo, y todas las noches hacia rezar de rodillas á su hijo delante de aquel retrato... la muger lloraba mientras rezaba su hijo; el niño lloraba tambien viendo derramar lágrimas á su madre... Aquel niño fué haciendose hombre poco á poco y entonces le contó la madre delante de aquel mismo retrato la desastrosa historia de Carlos de Beaumont...— « Qué oigo! (*Con entusiasmo.*) mi padre hizo eso!» exclamaba el joven... « Y tan buen hijo de su patria llegó á ser martir por ella! Y no pudo confundir á los monstruos que sacrificaban á su pais? Oh! yo acabaré la obra de mi padre, y de ese modo lograré al mismo tiempo vengarle.»—

Santival. Pero qué significa?..

Marcelo. No me habeis dicho que os repitiera las palabras de Julio de Beaumont?.. pues... he aqui sus palabras...

Santival. Proseguid.

Marcelo. La empresa era atrevida: qué podia hacer un pobre mozo rodeado de gente tan pobre é infeliz cómo él? Nada: sin embargo no por eso perdió animos; hizóse soldado para poder ceñir espada, y de grado en grado llegó al puesto que ocupa en el dia en la guardia francesa. Entonces se presentó al pueblo para recibir de sus manos la herencia de su padre, el derecho de proseguir su obra... y el pueblo aceptó el auxilio del hijo como en otro tiempo habia aceptado el del padre... Dirigióse despues del pueblo á sus compañeros, á los soldados, y tambien por este lado logró que sus esfuerzos no fueran inútiles... Visto lo cual, Julio de Beaumont fuera de sí de orgullo y alegría pensó que ya era llegado el dia de la venganza.

Santival. Pero en fin...

Marcelo. No me habeis dicho que os refiera los hechos de Beaumont? pues estos son sus hechos... Pero aun hay mas; os he prometido que no os ocultaria nada y nada hé de ocultaros. El legado que le dejó su padre comprendia otra cosa... una venganza misteriosa, independiente de todo interes popular, de todo rencor político... Hay en el mundo cierto hombre de esos que semejantes á los reptiles venenosos muerden en el pie no atreviéndose acometer cara á cara... Ese hombre, cuyo nombre ignoro, se atrevió á hablar de su amor impuro á la esposa de Carlos de Beaumont y la persiguió entonces, como la habia perseguido cuando aun era libre; no perdonó medio de prolongar laagonia de Beaumont, luego que este fue preso, porque aquella muger le habia preferido; ningun crimen le detuvo, ni aun la deshonra le hizo retroceder. hizóse espia, delator, carcelero, y quien sabe si verdugo tambien? La esposa de Beaumont contó todo esto á su hijo la última vez que le enseñó el retrato de su padre y le reveló donde estaba escondida su espada.

Santival. (Levantándose.) Está bien, Marcelo, os doy gracias por las noticias que acabais de darme; no necesito saber mas. Julio de Beaumont, preso dentro de poco con sus cómplices, expiará cumplidamente sus locas tentativas de venganza y de sedicion.

Marcelo. Tan lejos está de expiarlas que hoy espera llevar ambos proyectos á cabo, porque el pueblo aherrado hace largo tiempo, ha roto en fin sus cadenas y amaga con sus férreos eslabones el rostro de los tiranos. Convencido Julio de Beaumont, que se había hecho espía de su enemigo para averiguar si su padre existía aun, de que ya no le resta mas que vengarle, puede ponerse por fin cara á cara delante de ese hombre execrable y decirle arrojando la odiosa máscara que le cubria:— Caballero de Santival... sois un vil y un infame... asesino de Carlos de Beaumont reconoce la mano de Julio de Beaumont que te afrenta antes de matarte. *(Le arroja el guante á la cara.)*

Santival. Tú, oh! eres tu! El cielo te pone al alcance de mi venganza, cuando dudaba si llegaría á encontrarte... Oh! no necesitabas ultrajarme para verme sediento de tu sangre... Carlos de Beaumont tiene un hijo que ciñe espada! Oh! en guardia! en guardia! *(Saca la espada.)* Defiéndete... á que buscar testigos para matarte ó morir.

Marcelo. Mal tu grado habrá uno que presenciará nuestro duelo.

Santival. Quién?

Marcelo. El pueblo!

Santival. El pueblo separado de nosotros por esas murallas gigantescas!

Julio. Su terrible cólera sabrá derribarlas. *(Fuego de mosquetería y cañonazos de tiempo en tiempo: Gritos.)* Oyes? ya se desploma sobre vuestras cabezas.

Santival. Ese ruido?..

Julio. Ese ruido.., es una monarquía que se hunde, es el pueblo que asalta la inexpugnable Bastilla.

Santival. Un asalto! Oh! *(Haciendo un movimiento para salir.)* entones el duelo despues del combate... corro á defender el castillo.

Julio. *(Poniéndose delante de él.)* Oh! no saldrás de aquí... Si me he valido de un ardid para llegar hasta

tí, y no me han visto el primero en el asalto, ha sido para que nadie me dispute el castigo de tus crímenes... No, no saldrás de aquí... Tienes que defender tu vida ahora mismo, y en este duelo van á personificarse nuestras dos generaciones!... es un desafío á muerte en que tú has de percer seguramente, porque tienes por testigo á esa monarquía que fenece, y yo traigo por padrino una nación que combate por su libertad.

Santival. Pues bien; muere antes de ver el triunfo de los tuyos. (*Le arremete y se baten al ruido de los tiros.—Al paso que siguen batiéndose.*) Oh! el cañon de la Bastilla sabrá sofocar la voz del pueblo. (*Tirándole una estocada que le hiere ligeramente.*) Infeliz de tí!... la gnarnición triunfa.

Julio. (*Descargándole un golpe mortal.*) No... el que mata es el pueblo.

Santival. Ah!... (*Cae.—Oyese una denotacion mayor que las anteriores y voces á lo lejos que gritan: victoria, viva la libertad!*) Julio, regocijate... Creias haber vengado á tu padre... y le has perdido... Todavía existe.

Julio. Mi padre... ah! dónde está?

Santival. Aquí... pero no descubriréis su calabozo... le quedan pocos instantes de vida... porque se acerca el fatal término.

Julio. Mi padre!... aquí!... Oh! nos lo entregareis á la fuerza; la Bastilla es nuestra.

ESCENA VIII.

Dichos. BOIREL. Gente del pueblo.

Boirel. Julio de Beaumont, el pueblo ha tomado el castillo; he registrado todos los calabozos y no he podido encontrar á vuestro padre... El gobernador y casi todos los carceleros han perecido, en el asalto.

Santival. (*A Boirel.*) Sí, sí, habeis hecho bien... con ellos habeis inmolado al mismo á quien buscabais. Julio... el triunfo es tuyo, pero tú padre... morirá conmigo.

Julio. Por piedad, Santival! En nombre de Dios, ante quien vas á comparecer! en nombre del honor, dime donde se balla encerrado mi padre.

Santival. No lo esperes... ese secreto... muero vengado... ah! (*Espira.*)

Julio. Muerto!

Boire! (*Examinándole.*) Sí, muerto sin haber consentido en devolvernos á nuestro amigo, á nuestro bienhechor y padre. Oh! ya que no hemos podido vengarnos de él vivo, saciemos nuestra ira en su cadaver.

Julio. (*Separándolos con imperio.*) Atras todos! (*Fuera de sí*) Oh! yo he de volverle la vida para que me restituya mi padre. (*Se baja hácia él y le pone la mano en el pecho*) Tal vez se perciban los latidos de su corazón... Oh! mi vida entera por una palabra de este hombre!... este trage le sofoca. (*Abre la casaca, y dejase ver el pliego sellado.*) Nada, ni una palpitation.... Ah! un papel!.... Ahora recuerdo que me habló de una orden secreta que debía cumplimentarse si el pueblo vencía!.... Dios mio! Haz que él mismo haya caído en el lazo que nos tendía. (*Abre el pliego con precipitacion.*) «El portador de esta orden se dirigirá en seguida á la torre de la Baziniere; levantará la quinta losa de la sala baja, y descenderá por una escalerita oculta que termina en un calabozo subterráneo.... allí hay una mina preparada para deshacerse de los presos.» Ah! corramos.

Todos. Corramos! (*Húndese á este tiempo la pared del fondo que ha sufrido repetidos disparos; y deja ver el gran patio de la Bastilla. Murallas, puente levadizo, tropel de pueblo, mugeres y niños vitoreando y enarbolando banderas encarnadas. Gritos de viva la libertad: Este animado cuadro debe serlo mucho mas por un hermoso efecto de luz que supone ser el de un dia caluroso de julio. Carlos de Beaumont aparece pálido, macilento, estenuado: en medio de un grupo del pueblo que le sostiene por un lado, mientras que del otro lado se apoya en su muger. Julio, da un grito, se abalanza hácia él y se arrodilla á sus pies.*)

Voces del pueblo. En triunfo!... llevadle en triunfo.

Boirel. Apartaos amigos... Dejadle respirar... Dios permitirá que viva para ver el triunfo de su causa. Silencio, quiere hablar.

Carlos. (Habla con trabajo.) El pueblo que sabe conquistar su independencia, se verá libre de los horrores del hambre... Amigos, hoy se ha realizado el sueño de toda mi vida. Loado sea Dios que me dá la libertad en el mismo día que á mi nacion! Loado sea Dios que ha permitido que broten en mi calabozo las raices del árbol santo de la libertad que desde hoy estenderá sns ramas por todo el mundo.

Gritos. Viva Beaumont! viva la libertad!



